

JAMES ALLEN

La Verdadera Felicidad



James Allen

La verdadera Felicidad

editorial  irio, s.a.

Si este libro le ha interesado y desea que lo mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos cuáles son los temas de su interés (Astrología, Autoayuda, Esoterismo, Qigong, Naturismo, Espiritualidad, Terapias Energéticas, Psicología práctica, Tradición...) y gustosamente lo complaceremos.

Puede contactar con nosotros en
comunicación@editorialsirio.com

Título original: ABOVE LIFE'S TURMOIL
Traducido del inglés por Roc Filella Escolà
Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/ Panaderos, 14
29005-Málaga
España

EDITORIAL SIRIO
Nirvana Libros S.A. de C.V.
Camino a Minas, 501
Bodega nº 8,
Col. Lomas de Becerra
Del.: Alvaro Obregón
México D.F., 01280

ED. SIRIO ARGENTINA
C/ Paracas 59
1275- Capital Federal
Buenos Aires
(Argentina)

www.editorialsirio.com
E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-7808-730-3
Depósito Legal:

Impreso en Imagraf

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



I

PREFACIO



No podemos alterar las cosas físicas ni manipular a los demás según nuestros gustos ni tampoco ajustar el mundo a nuestros deseos, pero sí podemos alterar las cosas interiores —nuestros deseos, pasiones y pensamientos—, podemos conformar nuestro afecto por los demás, y podemos moldear el mundo interior de nuestra mente para que se ajuste a la sabiduría, y así conciliarlo con el mundo exterior de los hombres y las cosas. No podemos evitar el desconcierto del mundo, pero sí vencer las turbaciones de la mente. Las obligaciones y las dificultades de la vida reclaman nuestra atención, pero podemos imponernos a la ansiedad que conllevan. Aunque nos rodee el estruendo, podemos tener callada la mente; aunque

esté envuelto en responsabilidades, el corazón puede descansar; en pleno combate, podemos conocer la paz perdurable. Los veinte textos que componen este libro, por inconexos que puedan parecer en su contenido, se armonizan en su espíritu, pues dirigen al lector hacia esas cumbres del conocimiento y la conquista de sí mismo que, irguiéndose sobre la vorágine del mundo, elevan sus cúspides a donde reina el Silencio Celestial.

LA AUTÉNTICA FELICIDAD



Mantener una inmutable dulzura de ánimo, albergar únicamente pensamientos puros y considerados y ser felices en cualquier circunstancia: estas venturosas cualidades y esa grandeza de carácter y de vida deben ser el objetivo de todos, y en particular de quienes deseen aliviar el sufrimiento del mundo. Quien no haya conseguido imponerse *él mismo* a la intolerancia, la impureza y la infelicidad está muy equivocado si piensa que puede mejorar el mundo con la divulgación de cualquier teoría o teología. Quien vive a diario en la intolerancia, la impureza o la infelicidad agrava día tras día el sufrimiento del mundo; mientras que quien vive continuamente en la indulgencia y no huye de la felicidad, día a día incrementa la felicidad

del mundo, con independencia de cuáles sean sus creencias religiosas.

Quien no ha aprendido a ser afable o desprendido o afectuoso o feliz ha aprendido muy poco, por mucho que se haya empleado en los libros y por muy profundo que sea su conocimiento de los textos de las Escrituras, porque las lecciones profundas, auténticas y perdurables de la vida se aprenden en el proceso de *hacerse* afable, puro y feliz. La inquebrantable conducta bondadosa ante cualquier contratiempo exterior es señal infalible de un alma dueña de sí misma, testimonio de sabiduría y prueba de la posesión de la Verdad.

El alma dulce y feliz es el fruto maduro de la experiencia y la sabiduría, y desprende el aroma invisible pero intenso de su influjo, y así alegra los corazones de los demás y purifica el mundo. Y todo el que lo desee, y que no haya empezado aún, puede comenzar *hoy*, si así se lo propone, a vivir grata y felizmente, una vida que se convierte en la dignidad de una auténtica condición humana. No digas que lo que te rodea está en tu contra. Las circunstancias en que vive el hombre *nunca* están contra él; están ahí para ayudarlo, y todos esos percances por los que pierdes la dulzura y la tranquilidad de espíritu son las propias condiciones necesarias para tu desarrollo, y sólo si te enfrentas a ellos y a ellos te impones podrás aprender y crecer y madurar. La culpa está en ti mismo.

La felicidad pura es el estado auténtico y saludable del alma, y todo el que viva pura y desinteresadamente puede poseerla.

Sed benevolentes con todo lo que tiene vida, dejad que desaparezcan la desconsideración y la codicia y la ira, para que vuestras vidas sean como la suave brisa que pasa por nuestro lado.

¿Te resulta demasiado difícil? Entonces el desasosiego y la infelicidad seguirán morando en ti. Tu convencimiento, tu empeño y tu determinación son lo único que necesitas para hacértelo fácil, para que, en un futuro próximo, sea algo que hayas conseguido, un dichoso estado hecho realidad.

El desaliento, la irritabilidad, la ansiedad y la queja, la condena y el descontento son las mortales dolencias del pensamiento, las enfermedades de la mente; son el signo de un estado mental errado; y quienes los sufren bien harán en enmendar su pensamiento y su conducta. Es verdad que hay mucho de pecado y aflicción en el mundo, por esto son necesarias nuestra compasión y nuestro amor, y no nuestro sufrimiento: ya hay demasiado en el mundo. No, lo que hace falta son nuestra alegría y nuestra felicidad, porque ambas escasean en gran medida. Nada mejor podemos dar al mundo que la belleza de la vida y la personalidad; sin ella, todo lo demás es vano;

ella es la preeminente excelencia; es perdurable, auténtica y no hay que arruinarla, y rebosa de dicha y gozo.

Deja de pensar con pesimismo en las injusticias que te rodean; deja de lamentarte del mal que habita en los demás y revuélvete contra él, y empieza tú a vivir libre de injusticias y del mal. Ahí están la paz de espíritu, la religión pura y la verdadera reforma. Si quieres que los demás sean sinceros, sé tú sincero; si deseas que el mundo se libere del dolor y el pecado, emancípate tú mismo; si ansías que en tu casa y en tu entorno reine la felicidad, sé feliz. Puedes transformar todo lo que te rodea y con ello transformarte tú mismo.

No te quejes ni te compadezcas... No te desbarates en la repulsa, ni clames contra el mal, sino canta las maravillas del bien.

Y así lo harás de forma natural y espontánea cuando descubras lo bueno que hay en ti.

EL HOMBRE INMORTAL



La inmortalidad está aquí y ahora, y no es algo especulativo que se halle más allá de la tumba. Es un lúcido estado de la conciencia en el que se entiende que las sensaciones del cuerpo, los estados variables e inquietos de la mente y las circunstancias y los acontecimientos de la vida son de naturaleza efímera e ilusoria.

La inmortalidad no pertenece al tiempo, y nunca se encontrará en el tiempo; pertenece a la Eternidad; y del mismo modo que el tiempo está aquí y ahora, también la Eternidad está aquí y ahora, y el hombre puede encontrar esa Eternidad y establecerse en ella, si quiere imponerse al yo cuya vida deriva de las cosas insatisfactorias y perecederas del tiempo.

Mientras el hombre permanezca inmerso en la sensación, el deseo y los acontecimientos pasajeros de su existencia cotidiana, y piense que esas sensaciones, deseos y sucesos efímeros forman parte de su propia esencia, no podrá conocer la inmortalidad. Lo que ese hombre desea, y que confunde con la inmortalidad, es la *persistencia*; es decir, una sucesión continua en el tiempo de sensaciones y acontecimientos. Cuando el hombre vive, ama y se aferra a las cosas que estimulan y aguardan su gratificación inmediata, sin percatarse de ningún otro estado de la conciencia que esté por encima de esas cosas y sea independiente de ellas, ansía su continuidad, y lucha por erradicar el pensamiento de que, al final, tendrá que partir de esos fastos y gozos terrenales a los que se ha esclavizado y que considera inseparables de sí mismo.

La persistencia es la antítesis de la inmortalidad; y ser absorbido por ella es la muerte espiritual. Su naturaleza es el cambio y la no permanencia. Es un continuo vivir y morir.

La muerte del cuerpo nunca puede conferir la inmortalidad al hombre. Los espíritus no son diferentes de los hombres, y viven sus pequeñas vidas febriles de una conciencia rota, y siguen inmersos en el cambio y la mortalidad. El hombre mortal, que está sediento de la persistencia de su personalidad amante del placer, sigue siendo mortal después de la muerte, y sólo vive otra vida con un principio y un final sin recuerdo del pasado ni conocimiento del futuro.

El hombre inmortal es aquel que se ha desligado de las cosas del tiempo, porque ha ascendido a ese estado de la conciencia que es firme e invariable, y no le afectan las sensaciones ni los hechos pasajeros. La vida humana consiste en una continua secuencia de acontecimientos, y en esta secuencia está inmerso el hombre mortal, que es transportado por ella; y al discurrir en el seno de esa secuencia, el hombre desconoce lo que tiene a sus espaldas y lo que va por delante de él. El hombre inmortal es el que se ha salido de esa secuencia y se queda inmóvil mientras la contempla; y desde su posición estática ve lo que va delante, detrás y en medio de eso que se mueve y se llama «vida». Al dejar de identificarse con las sensaciones y fluctuaciones de su personalidad, o con los cambios externos que componen la vida en el tiempo, el hombre se ha convertido en el observador inmovible de su propio destino y de los destinos de los hombres y los pueblos.

El hombre mortal, además, está atrapado en un sueño, y no sabe que hubo un tiempo en que estuvo despierto ni que se va a despertar de nuevo; es un soñador sin conocimiento, nada más. El hombre inmortal es el que ha despertado de su sueño, y sabe que su sueño no fue una realidad perdurable, sino una ilusión pasajera. Es el hombre del conocimiento, del conocimiento de ambos estados —el de la persistencia y el de la inmortalidad—, y el que está en plena posesión de sí mismo.

El hombre mortal vive en un estado de conciencia temporal o material que comienza y acaba; el hombre

inmortal vive en el estado de conciencia cósmico o celestial, donde no existen ni el principio ni el final, sino un ahora eterno. Este hombre sigue firme e imperturbable ante cualquier cambio, y la muerte de su cuerpo no interrumpirá en modo alguno la conciencia eterna en que mora. De él se dice: «No probará la muerte», porque se ha alejado de la corriente de la mortalidad, y se ha establecido en la morada de la Verdad. Los cuerpos, las personalidades, las naciones y los mundos pasan, pero la Verdad permanece, y el tiempo no atenúa el resplandor de su gloria. Así pues, el hombre inmortal es el que se ha conquistado a sí mismo; el que ya no se identifica con las fuerzas interesadas de la personalidad, sino que se ha adiestrado para dirigir esas fuerzas con mano maestra, y de este modo las ha puesto en armonía con la energía y la fuente causales de todas las cosas.

La inquietud y la fiebre de la vida han cesado, se han conjurado la duda y el temor, y la muerte no es para quien se ha percatado del esplendor inextinguible de esa vida de Verdad, porque ha ajustado su corazón y su mente a las verdades eternas e inmutables.

LA VICTORIA SOBRE EL YO



Muchas personas tienen una idea confusa y equivocada sobre el significado de las expresiones «la victoria sobre el yo», «la erradicación del deseo» y «la aniquilación de la personalidad». Algunas (en especial los intelectuales proclives a las teorías) las consideran una teoría metafísica completamente ajena a la vida y la conducta; a otras les parece que acaban con todo tipo de vida, energía y acción, y que idealizan el estancamiento y la muerte. Estos errores y confusiones, al surgir como surgen en la mente de las personas, sólo los pueden enmendar las propias personas; pero quizá una exposición distinta del tema haga menos difícil su erradicación (para quienes buscan la Verdad).

La doctrina de la victoria sobre el yo o de su aniquilación es la pura simplicidad; en efecto, es tan simple, tan

práctica y está tan a mano que es mucho más probable que la comprenda un niño de tan sólo cinco años, cuya mente no está aún nublada por teorías, compendios teológicos ni especulaciones filosóficas, que otras personas mayores que hayan abandonado las verdades simples y hermosas a cambio de adoptar unas complicadas teorías.

La aniquilación del yo consiste en desmalezar el alma de todos aquellos elementos que conducen a la división, el conflicto, la enfermedad y la pena. Esto no significa que con ello haya que destruir ninguna cualidad buena, hermosa y que propicie la paz. Por ejemplo, cuando el ser humano siente la tentación de la irritabilidad o la ira, y con gran esfuerzo se impone a la tendencia egoísta, la elimina de sí, y actúa movido por el espíritu de paciencia y amor, en ese momento de conquista de sí mismo practica la aniquilación del yo. Cualquier persona noble la practica en parte, aunque puede que la niegue de palabra, y de quien sigue con esta práctica hasta completarla, erradicando toda tendencia egoísta hasta que no queden más que las cualidades de divina hermosura, se dice que ha aniquilado la personalidad (todos los elementos personales) y ha llegado a la Verdad. El yo que hay que aniquilar está compuesto de los siguientes diez elementos, desestimables y causa de muchas penas:

- | | |
|------------|-------------------|
| – Lujuria | – Autoindulgencia |
| – Odio | – Egoísmo |
| – Avaricia | – Vanidad |

- | | |
|-----------|----------------------|
| – Orgullo | – Creencia siniestra |
| – Duda | – Falsa ilusión |

Se trata del abandono total, de la completa aniquilación de estos diez elementos, porque componen el cuerpo del deseo. Una aniquilación, por otro lado, que enseña el cultivo, la práctica y la preservación de las siguientes diez cualidades divinas:

- | | |
|-----------------|----------------|
| – Pureza | – Audacia |
| – Paciencia | – Conocimiento |
| – Humildad | – Sabiduría |
| – Sacrificio | – Compasión |
| – Independencia | – Amor |

Estos elementos componen el Cuerpo de la Verdad, y vivir plenamente en ellos significa ser un hacedor y conocedor de la Verdad, ser una encarnación de la Verdad. La combinación de los diez elementos se llama el Yo o la Personalidad; la combinación de las diez cualidades produce lo que se llama Verdad; lo Impersonal; el Hombre perdurable, auténtico e inmortal.

Así pues, se verá que lo que se enseña no es la destrucción de ninguna cualidad noble, verdadera y perdurable, sino sólo la destrucción de aquellas cosas que son innobles, falsas y evanescentes. Esta victoria sobre el yo tampoco es la privación de la alegría, la felicidad y el gozo sino, al contrario, la posesión constante de estas cosas,

porque se viven las cualidades que producen bienestar. Es el abandono de la lujuria por la dicha, pero no la propia dicha; la destrucción de la *sed* de placer, pero no el propio placer; la aniquilación de la *añoranza egoísta* del amor, el poder y las propias posesiones. Es la preservación de todas aquellas cosas que atraen y funden a los hombres en la unidad y la concordia, y, lejos de idealizar el estancamiento y la muerte, apremia a los hombres a practicar aquellas cualidades que conducen a la acción más elevada, más noble y más efectiva. Aquel cuyas acciones nacen de algunos de los diez elementos o de todos ellos derrocha sus fuerzas en cosas negativas, y no preserva su alma; pero aquel cuyas acciones nacen de alguna de las diez cualidades o de todas ellas, actúa sincera y sabiamente y con ello preserva su alma.

Quien vive en gran parte en los diez elementos terrenales y está ciego y sordo a las verdades espirituales, no encontrará atractivo alguno en la doctrina de la rendición del yo, porque pensará que es la completa extinción de su ser, pero quien se esfuerza por vivir en las diez cualidades celestiales verá la gloria y la belleza de la doctrina, y la entenderá como el fundamento de la Vida Eterna. Comprenderá también que cuando los hombres la asimilan y la practican, se purifican la industria, el comercio, el gobierno y toda actividad material; y la acción, el propósito y la inteligencia, en lugar de ser destruidos, se intensifican y ensanchan, pero libres de penas y contiendas.

EL PROCEDER DE LA TENTACIÓN



El alma, en su camino hacia la perfección, atraviesa por tres fases distintas. La primera es la *fase animal*, en la que el hombre está contento de vivir, de la complacencia de sus sentidos, inconsciente del pecado, o de su herencia divina, y completamente ignorante de las posibilidades espirituales que hay en su interior.

La segunda es la fase *dual*, en la que la mente oscila continuamente entre sus tendencias animal y divina, después de haber despertado a la conciencia de ambas. Es durante esta fase cuando la tentación entra en juego en el progreso del alma. Es una fase de lucha continua, de caer y levantarse, de pecado y arrepentimiento, porque el hombre, aunque aún ama las complacencias en las que

ha vivido y se resiste a abandonarlas, también aspira a la pureza y la excelencia del estado espiritual, y se siente continuamente mortificado por la indecisión.

Apremiado el hombre por la vida divina que late en su interior, esta fase acaba por convertirse en un período de profunda angustia y sufrimiento, hasta que el alma se dirige a la tercera fase, la del *conocimiento*, en la que el hombre se alza sobre el pecado y la tentación, y entra en la paz.

La tentación, como la complacencia en el pecado, no es una condición duradera, como supone la mayoría de las personas; es una fase pasajera, una experiencia por la que debe pasar el alma; pero la posibilidad de que el hombre pase por esta situación en esta vida presente, y de que alcance la santidad y el descanso celestial aquí y ahora, depende por completo del vigor de sus esfuerzos intelectuales y espirituales, y de la intensidad y el ardor con que busque la Verdad.

La tentación, con todos los tormentos que la acompañan, se puede vencer aquí y ahora, pero sólo mediante el conocimiento. Es una situación de oscuridad total o parcial. El alma plenamente iluminada resiste toda tentación. Cuando el hombre entienda perfectamente el origen, la naturaleza y el significado de la tentación, en ese momento la vencerá, y descansará de sus muchas penalidades; pero mientras permanezca en la ignorancia, la observancia religiosa y la mucha oración y lectura no conseguirán traerle la paz.

Si una persona sale a conquistar a un enemigo, sin saber nada de la fuerza ni la táctica de éste ni de dónde lo espera para tenderle una emboscada, no sólo sufrirá una ignominiosa derrota, sino que caerá sin remedio en manos del adversario. Quien quiera vencer al enemigo que es el tentador debe descubrir dónde está su baluarte y su escondite, y debe averiguar también cuáles son las puertas de su propia fortaleza que tiene descuidadas y sin vigilancia, por las que las fuerzas enemigas podrían entrar. Para ello son necesarias la meditación continua, la observación ininterrumpida y la introspección constante y rigurosa que deja al desnudo, ante los ojos espirituales de la víctima de la tentación, los motivos vanos y egoístas de su alma. Ésta es la guerra sagrada de los santos; es la lucha a la que toda alma se entrega cuando despierta del largo sueño de la indulgencia animal.

Las personas no alcanzan la victoria y la batalla se prolonga indefinidamente porque se afanan, casi de forma universal, bajo el influjo de dos errores: primero, el de pensar que todas las tentaciones llegan desde fuera; y segundo, que se los tienta porque son buenos. Mientras la persona sea presa de estas dos falsas ilusiones, no avanzará; cuando se las haya quitado de encima, irá rápidamente de victoria en victoria, y saboreará la alegría y el reposo espirituales.

Dos agudas verdades deben ocupar el lugar de estos dos errores, y son las siguientes: primera, toda tentación llega del interior; y segunda, al hombre lo tienta el mal

que habita en él. Hay que desechar la idea de que Dios, el diablo, unos espíritus malignos u objetos externos son la fuente de la tentación. El origen y la causa de cualquier tentación están en el deseo interior; cuando éste se purifica o elimina, los objetos externos y los poderes extraños se quedan sin fuerza alguna para incitar al alma a que peque o caiga en la tentación. El objeto exterior no es más que la ocasión de la tentación, nunca la causa; la causa está en el deseo del que es tentado. Si la causa existiera en el objeto, todas las personas serían tentadas por igual, nunca se podría vencer la tentación, y los seres humanos estarían condenados irremediabilmente al tormento sin fin; pero localizada como está en sus propios deseos, el hombre tiene el remedio en sus manos, y, con la purificación de esos deseos, se puede alzar victorioso sobre cualquier tentación. Al hombre se lo tienta porque en su interior habitan ciertos deseos o estados de ánimo que considera pecaminosos. Estos deseos pueden estar dormidos durante mucho tiempo, y la persona puede pensar que se ha librado de ellos, cuando de repente, ante un objeto externo, el deseo dormido se despierta ávido de ser satisfecho inmediatamente; y éste es el estado de tentación.

Lo bueno que hay en el ser humano nunca es objeto de la tentación. La bondad la destruye. Lo que despierta la tentación es el mal que habita en el hombre. La magnitud de las tentaciones de una persona es el indicador exacto de su propia impureza. Cuando purifica su corazón, la tentación cesa, porque cuando se ha arrancado del

corazón algún deseo ilícito, el objeto de ese deseo ya no puede ejercer atracción alguna, se debilita y muere, porque ya no hay nada en el corazón que pueda responderle. Al hombre honrado no se lo puede tentar a que robe, por muy claramente que se le presente la ocasión; el hombre de apetencias purificadas no puede caer en la tentación de la gula y la bebida, por muy exquisitas que sean las viandas y los vinos; quien tenga una mente ilustrada, un espíritu sosegado por la fuerza de la virtud interior, nunca podrá ser tentado para que sucumba a la ira, la indignación o la venganza, y las tretas y los encantos del licencioso caen sobre el corazón purificado como sombras vacuas y sin sentido.

La tentación se le presenta a la persona en aquello que ignora o donde peca, y es una forma de apremiarlo a alcanzar cimas más altas de conocimiento y pureza. Sin la tentación, el alma no puede crecer ni hacerse fuerte, no caben la sabiduría ni la auténtica virtud; pueden existir el letargo y la muerte, pero no puede haber paz ni plenitud de la vida. Cuando se comprende y se vence la tentación, la perfección queda asegurada, una perfección que puede llegar a cualquiera que esté dispuesto a arrojar el deseo egoísta e impuro que lo posee al fuego expiatorio del conocimiento. Así pues, es necesario que los seres humanos busquen diligentemente la verdad, que se percaten de que mientras estén sometidos por la tentación no han alcanzado la verdad, y es mucho lo que han de aprender.

Vosotros, pues, que estáis tentados, sabed que la tentación procede de vosotros mismos. «Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido», dice el apóstol Santiago. Sois tentados porque os aferráis al animal que habita en vuestro interior y no dejáis que escape; porque vivís en el falso yo mortal que siempre carece de cualquier conocimiento auténtico y no sabe nada, nada busca sino su propia gratificación inmediata, ignorante de toda verdad y de todo Principio divino. Aferrados a este yo, sufrís continuamente el dolor de tres tormentos distintos: el tormento del deseo, el tormento del agotamiento y el tormento del remordimiento.

Así refulge Trishna, el deseo y la sed de cosas. Impaciente, surcas las sombras, adoras los sueños. Colocas en el centro un falso yo, y construyes a su alrededor un mundo que parece ciego a las cumbres del más allá, sordo al sonido de las dulces melodías que llegan del lejano pasado del cielo de Indra, mudo ante las llamadas de la vida auténtica que se reserva para quien se aparta de lo falso. Así nacen los afanes y las ansias que desencadenan la guerra de la Tierra; así sufren los pobres corazones engañados y derraman lágrimas saladas; así crecen las pasiones, las envidias, la cólera y el odio; así los años suceden a ensangrentados años, con sus pies salvajes y amoratados.

En este falso yo reside el germen de todo sufrimiento, la carcoma de toda esperanza, el alimento de toda

pena. Cuando estés dispuesto a abandonarlo, cuando estés preparado para dejar al descubierto y ante ti todo su egoísmo, su impureza y su ignorancia, y para confesar su absoluta oscuridad, entonces entrarás en la vida del conocimiento y el dominio de ti mismo; serás consciente del dios que hay en ti, de esa divina naturaleza que, al no buscar gratificación, mora en una región de gozo y paz perpetuas, adonde no puede llegar el sufrimiento y donde la tentación no puede encontrar punto de apoyo. Instálate, día tras día, con firmeza cada vez mayor, en esta Divinidad interior, y así llegará al fin el momento en que puedas quedarte con Aquel a quienes millones de seres adoran, pocos comprenden y menos aún siguen: «Llega el Príncipe de este mundo y nada tiene en mí.»

EL HOMBRE ÍNTEGRO



Hay momentos en la vida de todo aquel que se guía por elevados principios morales en que su fe en estos principios y su conocimiento de ellos se ven sometidos a una dura prueba, y la forma en que sale de este arduo lance determina si dispone de la fuerza suficiente para vivir como un hombre de Verdad, y unirse así a la compañía de los libres, o si sigue siendo esclavo y mercenario del cruel y estricto Yo.

Estos momentos de prueba suelen presentarse bajo la forma de una tentación a hacer algo malo y con ello gozar de confort y prosperidad, o permanecer instalado en lo correcto y aceptar la pobreza y el fracaso; y la prueba posee tanta fuerza de convicción que a quien se encuentra

ante tal tentación se le asegura el éxito material para lo que le quede de vida, pero si no hace lo correcto quedará para siempre en la ruina.

Es frecuente que la persona se asuste y ceda ante la terrible perspectiva de lo que parece que le aguarda al final de la Senda de la Rectitud, y si demuestra poseer la fuerza suficiente para resistir esta arremetida de la tentación, su seductor espíritu interno del yo adopta la apariencia de un Ángel de la Luz y susurra: «Piensa en tu esposa y tus hijos; piensa en quienes dependen de ti; ¿vas a arrastrarlos a la desgracia y a la muerte por inanición?»

Fuerte ha de ser, sin duda, y puro el hombre que sepa salir victorioso de esta prueba, pero quien lo consigue entra inmediatamente en un reino superior de la vida, donde sus ojos espirituales se abren a cosas hermosas; y entonces la pobreza y la ruina que parecían inevitables no llegan, sino que hacen su aparición un éxito más perdurable, un corazón sosegado y una conciencia tranquila. Pero quien sucumbe no alcanza la prosperidad prometida, y su corazón no encuentra reposo, ni su conciencia paz.

Quien obra rectamente no puede acabar en el fracaso, y quien obra erradamente no puede acabar en el éxito, porque:

Así es la Ley que lleva a la Rectitud, de la que nadie puede huir ni escapar.

y la razón es que la justicia se halla en el corazón de las cosas, porque la Gran Ley determina que el hombre íntegro es superior al miedo, a la pobreza, a la vergüenza y a la desgracia. Como el poeta sigue diciendo de esta Ley:

El corazón de su Amor, su finalidad es la paz y la consumación de la dulce obediencia.

El hombre que, por temor a perder los placeres actuales o las comodidades materiales, niega la Verdad que hay en su interior, puede ser víctima del agravio, del robo y de la degradación, y ver cómo su propio yo más noble queda pisoteado, porque él ha sido el primero en agraviar, robar y degradar, y en pisotear su propio yo más noble; pero el hombre de resuelta virtud, de intachable integridad, no puede verse en situaciones así, porque ha renegado del yo cobarde que habita en su interior y se ha refugiado en la Verdad. Lo que esclaviza al hombre no son el azote ni las cadenas, sino el hecho de que *sea* esclavo.

La calumnia, la acusación y la malicia no pueden afectar al hombre recto, ni provocar en él una reacción amarga, ni él necesita defenderse ni demostrar su inocencia. Su inocencia y su integridad son respuesta suficiente a todo el odio que se le pueda dirigir. Ni puede verse sometido por las fuerzas de la oscuridad, pues en su interior ha subyugado ya todas esas fuerzas. En su lugar, convierte todo lo malo en bueno: saca luz de la oscuridad, amor del odio, honor de la deshonra; y la difamación, la

envidia y las tergiversaciones sólo sirven para que luzca mejor la joya de la Verdad que tiene en su interior, y para glorificar su elevado y sagrado destino.

Dejad que el hombre íntegro se regocije y se alegre cuando se le somete a una dura prueba; dejad que dé gracias porque se la ha brindado la oportunidad de demostrar su lealtad a los nobles principios que defiende; y dejad que piense: «¡Ha llegado la sagrada oportunidad! ¡Ha llegado el día del Triunfo de la Verdad! ¡Aunque pierda todo el mundo, no desertaré de la Rectitud!» Con este pensamiento, devolverá bien por mal, y se apiadará de quien obre erradamente. Puede parecer que el calumniador, el murmurador, el malhechor triunfan durante un cierto tiempo, pero la Ley de la Justicia se impone; puede parecer que el hombre íntegro fracase durante un cierto tiempo, pero es invencible, y en ninguno de los mundos, visibles o invisibles, se puede haber forjado un arma que prevalezca sobre él.

EL DISCERNIMIENTO



Hay una cualidad de capital importancia para el desarrollo espiritual: el discernimiento.

El progreso espiritual del hombre será penosamente lento hasta que no se abra en él el ojo del discernimiento, porque sin esta cualidad de la comprobación, la prueba y la búsqueda, no hará sino andar a tientas en la oscuridad, no sabrá distinguir lo real de lo irreal, la sombra de la sustancia, y así confundirá lo falso con lo verdadero, y los impulsos interiores de su naturaleza animal con los del espíritu de la Verdad.

Es posible que el ciego al que se deja en un lugar extraño sepa orientarse en la oscuridad, pero no sin mucha confusión y muchas caídas y dolorosas magulladuras. Sin

discernimiento el hombre es mentalmente ciego, y su vida es un doloroso deambular en la oscuridad, una confusión en la que no se distingue el vicio de la virtud, donde los hechos se toman por verdades, las opiniones por principios, y donde las ideas, los sucesos, los hombres y las cosas parecen no guardar relación alguna entre sí. La mente y la vida humanas deben estar libres de confusión. El hombre ha de estar dispuesto a enfrentarse a cualquier dificultad mental, material y espiritual, y no debe estar inextricablemente enredado (como les ocurre a muchos) en las mallas de la duda, la indecisión y la incertidumbre cuando aparezcan los problemas y los llamados infortunios. Ha de estar fortificado contra cualquier emergencia que lo pueda asediar; pero tales disposición y fuerza mentales no se pueden alcanzar en grado alguno sin discernimiento, y éste sólo se puede desarrollar mediante la incorporación y el ejercicio continuado de la facultad analítica.

La mente, como el músculo, se desarrolla con el uso, y su ejercicio asiduo en cualquier determinada dirección mejorará, en esa dirección, la capacidad y la fuerza mentales. La facultad meramente crítica se desarrolla y fortalece con la comparación y el análisis continuos de las ideas y las opiniones de los demás. Pero el discernimiento es algo más que la crítica y superior a ella; es una cualidad espiritual con la que se eliminan la crueldad y el egoísmo que tan a menudo acompañan a la crítica, y por la que el ser humano ve las cosas tal como son, y no como quisiera que fuesen.

Al ser una cualidad espiritual, el discernimiento sólo se puede desarrollar con métodos espirituales, con el cuestionamiento, el examen y el análisis de las ideas, las opiniones y la conducta propias. Hay que evitar que la facultad crítica y de buscar fallos se aplique de manera inmisericorde a las opiniones y el comportamiento de los demás, y tenemos que aplicárnosla, con toda severidad, a nosotros mismos. Hay que estar dispuestos a poner en entredicho todas y cada una de nuestras opiniones, nuestros pensamientos y nuestra forma de comportarnos, y analizarlos con rigor y lógica; sólo así se podrá desarrollar el discernimiento que acaba con la confusión.

Antes de poder entregarse a tal ejercicio mental, la persona debe adoptar un espíritu discente. No quiere decir esto que tenga que dejar que los otros la guíen; significa que ha de estar dispuesta a desvelar cualquier pensamiento apreciado al que se aferre y que impida que penetre la luz de la razón, si se marchita ante el fuego puro del impulso de la indagación. Quien diga «tengo razón» y se niegue a cuestionar su postura para averiguar si está en lo cierto continuará siguiendo el camino de sus pasiones y prejuicios y no alcanzará el discernimiento. Quien humildemente pregunte «¿tengo razón?» y luego pase a probar y acreditar su postura mediante la escrupulosa reflexión y el amor a la Verdad, siempre sabrá descubrir lo verdadero y distinguirlo de lo falso, y se hará poseedor del inestimable discernimiento.

Todo aquel que tenga miedo a reflexionar inquisitivamente sobre sus opiniones, y de razonar críticamente sobre su postura, deberá desarrollar el coraje moral antes de poder alcanzar el discernimiento.

El hombre debe ser sincero consigo mismo y no tenerse miedo, antes de poder percibir los Principios Puros de la Verdad, antes de poder recibir la Luz de la Verdad que todo lo desvela. Cuanto mayor sea la Luz con la que se busque, más brillará; es una Luz que no se mitiga con el examen y el análisis.

Cuanto más se pone en entredicho el error, más oscuro se vuelve; no puede sobrevivir a la llegada del pensamiento puro e inquisidor. «Demostrar todas las cosas» significa encontrar lo bueno y prescindir de lo malo. Quien razona y medita aprende a discernir; quien discierne descubre la Verdad eterna.

La confusión, el sufrimiento y la oscuridad espiritual persiguen al irreflexivo.

La armonía, la prosperidad y la Luz de la Verdad cuidan de quien reflexiona.

La pasión y el prejuicio son ciegos y no saben discernir: aún siguen crucificando a *Cristo* y liberando a *Barrabás*.

LA CREENCIA, BASE DE LA ACCIÓN



La creencia es una palabra importante en las enseñanzas del sabio, y aparece de forma destacada en todas las religiones. Según Jesús, la salvación o la regeneración requieren de cierto tipo de creencia o fe, y Buda enseña de forma categórica que la creencia correcta es el primer paso y el más importante del Camino de la Verdad, pues sin una verdadera fe no puede haber una conducta apropiada, y quien no haya aprendido a gobernarse y comportarse con acierto no habrá entendido aún los rudimentos más simples de la Verdad.

Son los Grandes Maestros quienes establecen la fe, que no es la creencia en ninguna determinada escuela de pensamiento, filosofía ni religión, sino que consiste en

una *altura espiritual que determina el curso completo de la propia vida*. La creencia y la conducta son, por consiguiente, inseparables, ya que una determina la otra.

La fe es la base de toda acción y, al ser así, la creencia que domina los corazones o la mente se demuestra en la vida. Toda persona actúa, piensa y vive exactamente de acuerdo con la fe que está enraizada en su ser más íntimo, y la naturaleza matemática de las leyes que gobiernan la mente es tal que es absolutamente imposible que alguien crea en dos posiciones a la vez. Por ejemplo, es imposible creer en la justicia y en la injusticia, en el odio y en el amor, en la paz y en la guerra, en el yo y en la verdad. El hombre que cree en la justicia, que la considera un Principio eterno e indestructible, nunca se deja dominar por la justa indignación, no alimenta el cinismo ni el pesimismo ante las desigualdades de la vida, sino que permanece sereno e inmutable ante cualquier prueba o dificultad. Es imposible que actúe de otra forma, porque cree que la justicia impera y que, por lo tanto, todo lo que se llama injusticia es algo efímero e ilusorio.

El hombre que se enoja continuamente por la injusticia de sus semejantes, que dice que le tratan mal, o que se lamenta de la falta de justicia en el mundo que lo rodea, demuestra con su conducta y su actitud mental que cree en la injusticia. Sin embargo, es posible que proteste de lo contrario, que en lo más profundo de su corazón crea que la confusión y el caos imperan en el universo, lo

que lo obliga a morar en el sufrimiento y el desasosiego, y a que su conducta sea imperfecta.

Una vez más, quien cree en el amor, en su estabilidad y su poder, *lo practica en todas las circunstancias*, nunca se desvía de él, y de él hace depositarios por igual a los enemigos y a los amigos. Quien calumnia y condena, quien habla de los demás en tono despreciativo o los mira con desdén, no cree en el amor, sino en el odio; todas sus acciones lo demuestran, aunque con sus labios o con la pluma pueda ensalzar el amor.

A quien cree en la paz se lo reconoce por su conducta serena. Es imposible que participe en luchas y conflictos. Si lo atacan, no se venga, porque ha visto la majestad del ángel de la paz, y ya no puede rendir homenaje al demonio de la guerra. Quien provoca conflictos, quien gusta de discutir, quien enseguida se pone a la defensiva ante cualquier provocación, cree en el conflicto, y nada tendrá que ver con la paz.

Además, el que cree en la Paz renuncia a sí mismo: es decir, se niega a centrar su vida en aquellas pasiones, deseos y singularidades que no hacen sino implorar su propia satisfacción, y con esa renuncia pasa a afianzarse sólidamente en la Verdad, y goza de una vida juiciosa, bella e irreprochable. A quien cree en el yo se lo conoce por sus complacencias y gratificaciones diarias, y por las vanidades, y por las decepciones, las penas y las mortificaciones que sufre continuamente.

Quien cree en la Verdad no sufre, porque ha abandonado ese yo que es la causa de tal sufrimiento.

Se verá en lo que sigue que cualquier persona cree, ya sea en los Principios permanentes y eternos que dirigen la vida humana hacia la ley y la armonía, ya sea en la negación de estos Principios, con el consiguiente caos en los asuntos humanos y en su propia vida.

La creencia en los Principios de Justicia, Compasión y Amor es la *verdadera creencia* que Buda considera la base de toda *conducta correcta*, y también la *fe en la salvación* de la que se habla profusamente en las Sagradas Escrituras, porque quien así cree no puede hacer otra cosa que no sea construir toda su vida sobre estos Principios, y así purifica su corazón y perfecciona su vida.

Creer en la negación de este principio divino constituye lo que en todas las religiones se llama falta de fe, y este descreimiento se manifiesta como una vida pecaminosa, turbulenta e imperfecta.

Donde está la Verdadera Creencia hay una vida intachable y perfecta; donde hay una falsa creencia hay pecado y pena, la mente y la vida se rigen impropriamente, y hay aflicción y zozobra. «Por sus frutos los conoceréis.»

Se habla mucho de «creer en Jesús», pero ¿qué significa creer en Jesús? Significa creer en sus palabras, en los Principios que predicó —y por los que se rigió en su vida—, en sus mandamientos y en su ejemplar vida de perfección. Quien dice creer en Jesús, pero no deja de vivir en la lujuria y la indulgencia, o en el espíritu del odio y la

condena, se engaña a sí mismo. No cree en Jesús. Cree en su propio yo animal. Del mismo modo que el criado fiel disfruta cumpliendo las órdenes de su amo, quien cree en Jesús cumple sus mandamientos, y así se salva del pecado. La prueba suprema de la fe en Jesús es preguntarse: *¿Cumpla sus mandamientos?* Una prueba que el propio San Juan aplica en estas palabras: «Quien dice ‘lo conozco’ y no guarda Sus Mandamientos miente, y la fe no está en él. Pero quien cumple su palabra en verdad está en él la palabra de Dios.»

Tras un análisis riguroso e imparcial se verá que la *fe* se halla en la raíz de cualquier conducta humana. Cada pensamiento, cada acto y cada costumbre son resultado directo de una determinada creencia inamovible, y la conducta de la persona sólo se altera cuando se modifica su fe. Aquello a lo que nos aferramos es en lo que creemos; lo que practicamos es en lo que creemos. Cuando dejamos de creer en algo, no podemos seguir asiéndonos a ello ni practicarlo; se nos desprende como un vestido raído.

Los seres humanos se aferran a sus anhelos, sus mentiras y sus vanidades porque creen en ellas, creen que de ellas pueden obtener provecho y felicidad. Cuando trasladan su fe a las cualidades divinas de la pureza y la humildad, esos pecados dejan de atribularlos.

La creencia en la supremacía de la Verdad salva a los hombres del error. La creencia en la Santidad o la Perfección los redime del pecado. La creencia en el Bien los salva del mal, porque toda creencia se manifiesta en la

vida. No es necesario indagar cuál es la creencia religiosa de la persona, porque tiene escaso valor o ninguno, pues ¿de qué le puede servir al hombre creer que Jesús murió por él, o que Jesús es Dios, o que está «justificado por la fe», si sigue viviendo en su naturaleza inferior y pecadora? «¿Cómo se comporta cuando las circunstancias lo ponen a prueba?» La respuesta a estas preguntas demostrará si el hombre cree en el poder del mal o en el poder del Bien.

Quien cree en el poder del Bien vive una vida buena, espiritual o piadosa, porque la Bondad es Dios, en verdad es el Propio Dios, y pronto dejará atrás todos los pecados y las penas quien cree, con una fe firme e inquebrantable, en el Bien Supremo.

LA FE QUE SALVA



Se ha dicho que toda la vida y el carácter de la persona son resultado directo de su *fe*, y también que su *fe* no tiene que ver en absoluto con su vida. *Ambas afirmaciones son ciertas*. Su confusión y contradicción sólo lo son en apariencia, y pronto se desvanecen cuando se recuerda que hay *dos tipos completamente distintos de creencias*: la creencia de la cabeza y la creencia del corazón.

La creencia de la cabeza, o intelectual, no es fundamental ni causativa, sino superficial y consecuente, y hasta el observador más superficial se puede dar cuenta fácilmente de que esta creencia no tiene poder para moldear el carácter de una persona. Tomemos, por ejemplo, media docena de personas de cualquier credo. No sólo tienen las

mismas creencias teológicas, sino que profesan los mismos artículos de fe sobre cualquier particular y, sin embargo, sus caracteres son muy diferentes. Uno puede ser tan noble como innoble sea el otro; uno será afable y delicado, otro grosero e irascible; uno será honrado, otro desaprensivo; uno se permitirá determinadas costumbres de las que otro renegará, etc., lo cual indica claramente que la creencia teológica no es un factor que influya en la vida del hombre.

La creencia religiosa de una persona no es más que su opinión o su visión intelectuales del universo, de Dios, de la Biblia, etc., y detrás y debajo de esta creencia de la cabeza se esconde, profundamente enraizada en el ser más íntimo de esa persona, la callada y silenciosa *creencia secreta de su corazón*, y es esta creencia la que moldea y compone toda su vida. Es la que hace que esos seis individuos, aunque defiendan la misma teología, sean tan distintos en sus actos: *difieren en la creencia vital de su corazón*.

¿Qué es, pues, esta creencia del corazón?

Es aquello que el hombre ama, a lo que se agarra y lo que alienta en su alma; lo quiere, lo espolea y a ello se aferra porque cree en ello, y al así creerlo y amarlo, lo practica; por lo que su vida es el efecto de su fe, pero no guarda relación alguna con un determinado credo que englobe su creencia intelectual. Uno defiende cosas inmorales e impuras porque cree en ellas; otro no se aferra a ellas porque ha dejado de creer en ellas. El ser humano no se puede agarrar a nada si no cree en ello; la fe siempre precede

a la acción; por consiguiente, los actos y la vida del hombre son fruto de su fe.

El sacerdote y el levita que pasaron de largo ante aquel hombre herido y menesteroso defendían con fuerza, sin duda, las doctrinas teológicas de sus padres: ésta era su creencia intelectual; pero en lo más profundo de sus corazones no creían en la misericordia, y vivían y actuaban en consecuencia. El buen samaritano podía tener o no alguna creencia teológica, y no era necesario que la tuviera; pero en su corazón creía en la misericordia, y actuó en consecuencia.

En última instancia, sólo hay dos creencias que afectan de forma trascendental a la vida, y son la *creencia en el bien* y la *creencia en el mal*.

Quien crea en lo que es bueno, lo amará y vivirá en ello; quien crea en lo que es impuro y egoísta, lo amará y a ello se aferrará. Al árbol se lo conoce por sus frutos.

Las creencias del hombre acerca de Dios, Jesús y la Biblia son una cosa; su vida, tal como se manifiesta en sus acciones, es otra; por lo tanto, la creencia teológica del hombre no tiene consecuencia alguna; pero los pensamientos que alberga, su disposición de ánimo ante los demás y sus acciones: todo esto, y sólo esto, es lo que determina y demuestra si la creencia del corazón humano se sustenta en la verdad o en el error.

EL PENSAMIENTO Y LA ACCIÓN



De igual manera que el fruto es al árbol y el agua al manantial, la acción es al pensamiento. No se manifiesta de repente y sin una causa. Es el resultado de una progresión larga y silenciosa; el final de un proceso oculto que ha ido adquiriendo fuerza durante largo tiempo. El fruto del árbol y el agua que mana de la roca son ambos el efecto de una combinación de procesos naturales que tienen lugar en el aire y en la tierra, y que se han ido desarrollando juntos durante mucho tiempo y en secreto para generar el fenómeno; y tanto los actos hermosos y resplandecientes como las oscuras acciones pecaminosas son el efecto maduro de las formas de pensar de larga permanencia en la mente.

La caída súbita, ante una fuerte tentación, en algún pecado grave por parte de quien se pensaba —y probablemente él mismo creía— que era una persona firme, se ve que no era algo ni *repentino* ni infundado cuando se desvela el proceso de pensamiento oculto por el que se llegó a ella. La *caída* no fue más que el final, el producto, el resultado acabado de lo que empezó en la mente probablemente años atrás. El hombre había permitido que un pensamiento equivocado entrara en su mente; y lo acogió una segunda y una tercera vez, y dejó que anidara en su corazón. Poco a poco se habituó a él, y lo abrigó y lo acarició y lo cuidó; y así creció, hasta que acabó por tener tanta fuerza y tanto vigor que consiguió la oportunidad de desvelarse y madurar para convertirse en un acto. Igual que cae el majestuoso edificio cuyos cimientos ha ido corroyendo la acción del agua, al final cae el hombre fuerte que deja que pensamientos corruptos penetren en su mente y en secreto socaven su carácter.

Cuando se entiende que toda tentación y todo pecado son el resultado natural de los pensamientos de la persona, se ve claramente cómo vencer el pecado y la tentación, y lograrlo y, más tarde o más temprano, hacerlo realidad se contempla como una posibilidad muy cercana; porque si el hombre admite, acaricia y rumia pensamientos que sean puros y buenos, estos pensamientos, con la misma seguridad que los impuros, crecerán y se fortalecerán, y al final encontrarán la oportunidad que les permita madurar y pasar a convertirse en actos.

«Nada hay oculto que no se vaya a desvelar», y cualquier pensamiento que se albergue en la mente, en virtud de la fuerza impulsora que es inherente al universo, debe acabar floreciendo en un acto bueno o malo según sea su naturaleza. Tanto el divino Maestro como el sensualista son producto de sus propios pensamientos, y han llegado a ser lo que son como resultado de las semillas de pensamiento que se sembraron, se dejaron caer en el jardín del corazón y, después, se regaron, se cuidaron y se cultivaron.

Que nadie crea que puede vencer el pecado y la tentación mediante la lucha contra la oportunidad; sólo los puede vencer con la purificación de los pensamientos; y si, día tras día, en el silencio de su alma y con el cumplimiento de sus obligaciones, derrota toda inclinación errónea, y en su lugar coloca pensamientos verdaderos y que soporten la luz, la oportunidad de hacer el mal dará lugar a la de conseguir el bien, porque el hombre sólo puede atraer hacia sí lo que esté en armonía con su naturaleza, y no hay tentación que pueda gravitar sobre la persona a no ser que en su corazón exista algo que sea capaz de responder a ella.

Vigila bien tus pensamientos, lector, porque lo que realmente eres hoy en tus pensamientos secretos, sea bueno o malo, tarde o temprano se convertirá en un acto real. Quien vigila sin desmayo las puertas de su mente para impedir la invasión de pensamientos pecaminosos, y se ocupa en ideas hermosas, en pensamientos puros, fuertes y bellos, cuando llegue la estación de que el fruto madure,

obtendrá el de los actos delicados y virtuosos, y ninguna tentación que le pueda asaltar lo encontrará desarmado ni desprevenido.



II

TU DISPOSICIÓN MENTAL



Como ser pensante que eres, tu disposición mental dominante determinará tu situación en la vida. Será también el indicador de tus conocimientos y la medida de tus logros. Las llamadas limitaciones de tu naturaleza son las líneas fronterizas de tus pensamientos; son vallas que se han levantado solas, y que se pueden reducir a un círculo más estrecho, ampliar a uno más amplio o dejarlas como están.

Eres tú quien piensa tus pensamientos y, en consecuencia, eres tú quien te haces y determinas tu estado. El pensamiento es causal y creativo, y aparece en tu carácter y tu vida en forma de resultados. Nada es accidental en tu vida, tanto lo armonioso como lo antagónico son el eco

que responde a tus pensamientos. El hombre piensa, y surge su vida.

Si tu actitud mental dominante es pacífica y amorosa, la felicidad y la dicha te seguirán; si es odiosa y resentida, la desdicha y el desasosiego ensombrecerán tu camino. De la inquina nacen el dolor y la desgracia; de la buena voluntad, la salud y la satisfacción.

Imaginas que las circunstancias son algo distinto de ti, pero están íntimamente relacionadas con el mundo de tus pensamientos. Nada aparece sin una causa lógica. Todo lo que ocurre es justo. Nada está determinado, todo se forma.

Cuando piensas, viajas; cuando amas, atraes. Hoy te hallas donde los pensamientos te han traído; mañana estarás donde tus pensamientos te lleven. No puedes evitar la consecuencia de tus pensamientos, pero puedes aguantar y aprender, puedes aceptar y estar contento.

Siempre irás a donde tu amor (tu pensamiento más perdurable e intenso) pueda recibir la gratificación que merece. Si tu amor es abyecto, llegarás a un lugar abyecto; si es hermoso, llegarás a un lugar hermoso. Puedes alterar tus pensamientos y, así, alterar tu estado. Esfuérzate en percibir la inmensidad y la grandeza de tu responsabilidad. Eres poderoso, no impotente. Tienes tanta fuerza para obedecer como para desobedecer; tanta para ser puro como para ser impuro; estás tan preparado para la sabiduría como para la ignorancia. Puedes aprender lo que quieras, puedes seguir siendo tan ignorante como decidas. Si amas el conocimiento, lo alcanzarás; si amas la

sabiduría, la obtendrás; si amas la pureza, la harás realidad. Todas las cosas aguardan que las aceptes, y tú decides de acuerdo con los pensamientos que albergas.

El ser humano sigue siendo ignorante porque ama la ignorancia y escoge pensamientos incultos; se hace sabio porque ama la sabiduría y escoge pensamientos cultos. Nadie obstaculiza a nadie; cada uno se pone sus propias trabas. Nadie sufre por culpa de otro; cada uno sufre por su propia culpa. Por el noble Portal del Pensamiento Puro puedes entrar en el más alto Cielo; por la innoble entrada del pensamiento impuro puedes descender al infierno más profundo.

Tu disposición mental hacia los demás revertirá fielmente en ti mismo, y se manifestará en todas las relaciones de tu vida. Cualquier pensamiento impuro y egoísta que liberes volverá a ti en tus circunstancias en forma de algún tipo de sufrimiento; todo pensamiento puro y desinteresado regresa a ti en una u otra forma de dicha. Tus circunstancias son *los efectos* de unas causas interiores e invisibles. Como padre o madre de tus pensamientos eres quien determina tu estado y tu condición. Cuando te conozcas a ti mismo te darás cuenta de que todo lo que ocurre en tu vida se pesa en la balanza infalible de la equidad. Cuando comprendas la ley que hay en tu mente dejarás de verte como el instrumento ciego e impotente de las circunstancias, y te convertirás en un maestro fuerte y clarividente.

LA SIEMBRA Y LA COSECHA



Ve a los campos y recorre sus senderos en primavera, y verás a los agricultores y hortelanos atareados en la siembra y en la preparación de las tierras. Si preguntaras a alguno de esos hortelanos o campesinos qué tipo de producto espera de la semilla que está sembrando, seguro que te tomaría por loco, y te diría que no «espera» nada, que es de sentido común que su producto sea el de lo que siembra, y que está sembrando trigo o cebada o nabos o lo que sea para obtener más de lo mismo.

Todo hecho y todo proceso de la Naturaleza contienen una lección moral para el hombre sabio. No hay ley en el mundo de la Naturaleza que nos rodea que no sea de aplicación con la misma exactitud matemática a la

mente del hombre y a la vida humana. Todas las parábolas de Jesús ilustran esta verdad, y están sacadas de hechos sencillos de la Naturaleza. En la mente y en la vida se produce un proceso de siembra, una siembra que conduce a una cosecha de lo que se haya sembrado. Los pensamientos, las palabras y los actos son semillas que se siembran y, por la ley inviolable de las cosas, su fruto es del mismo tipo que esa semilla.

El que alberga pensamientos de odio atrae éste hacia sí mismo. Quien abriga pensamientos de amor recibe amor. El hombre cuyos pensamientos, palabras y actos son sinceros está rodeado de amigos sinceros; el hipócrita lo está de amigos falsos. Quien siembra pensamientos y actos malos, y pide a Dios que lo bendiga, es como el agricultor que, después de sembrar cizaña, pide a Dios que le conceda cosechar trigo.

Lo que siembres recogerás; contempla aquellos campos donde el sésamo se convirtió en sésamo y el maíz se convirtió en maíz, y que conocieron el silencio y la oscuridad. Así se labra el destino del hombre.

Dejad que quien haya sido bendecido esparza su dicha. Que quien sea feliz piense en la felicidad de los demás.

Y esta siembra tiene otro aspecto. El campesino debe esparcir las semillas por toda la tierra, para luego dejarlas a merced de los elementos. Si codiciosamente escondiera

la semilla, se quedaría sin ella y sin su producción, porque la semilla habría muerto. Muere cuando la siembra, pero al morir produce en gran abundancia. Lo mismo ocurre en la vida: al dar, recibimos; al repartir, nos enriquecemos. Aquel que dice que está en posesión de conocimientos que no puede desvelar porque el mundo es incapaz de recibirlos, o bien no posee tales conocimientos o bien, si los posee, pronto se verá privado de ellos, si es que ya no lo está. Ocultar es perder; retener en exclusiva es desposeerse.

Hasta el hombre que incrementa su riqueza material debe estar dispuesto a compartir (a invertir) el pequeño capital que posea, y luego esperar que aumente. Mientras retenga ese precioso dinero, no sólo seguirá siendo pobre, sino que cada día lo será más. Al final, acabará por perder lo que ama, y lo perderá sin que haya aumentado. En cambio, si sabiamente deja que se vaya; si, como el agricultor, esparce las semillas de oro, puede esperar con fe y con razonable esperanza que aumente su riqueza.

Los hombres ruegan a Dios que les conceda paz y pureza, ecuanimidad y dicha, pero no las obtienen. ¿Y por qué no? Porque no practican nada de ello, no lo siembran. En cierta ocasión, oí a un predicador que ensalzaba el perdón sincero y, muy poco después, en el transcurso de su sermón, llamaba a sus fieles a «no tener compasión con los enemigos de la Iglesia». Era un lamentable engaño a sí mismo, y las personas aún deben aprender que la forma de obtener la paz y la dicha consiste en esparcir pensamientos, palabras y actos de paz y de dicha.

Los seres humanos creen que pueden sembrar las semillas del enfrentamiento y la enemistad, y luego obtener una copiosa cosecha de paz, pureza y concordia sólo con pedirlo. ¿Hay algo más patético que ver cómo pide paz un hombre irritable y pendenciero? Se recoge lo que se siembra, y cualquiera puede cosechar la dicha ahora y de inmediato, si aparta de sí el egoísmo y siembra con generosidad la semilla de la cordialidad, el afecto y el amor.

Quien esté preocupado, perplejo, se sienta apenado o infeliz, que se pregunte:

«¿Qué semillas mentales he sembrado?»

«¿Qué semillas estoy sembrando?»

«¿Qué he hecho por los demás?»

«¿Cuál es mi disposición mental hacia los otros?»

«¿Qué semillas de perturbación y pena y desdicha he sembrado para luego recoger esta amarga maleza?»

Dejemos que lo busque y lo descubra en su interior y, una vez descubierto, hagamos que abandone todas las semillas de egoísmo y siembre, a partir de ahora, las semillas de la Verdad.

Dejemos que aprenda del campesino las sencillas verdades de la sabiduría.

EL REINO DE LA LEY



Los pequeños dioses sectarios han pasado a la historia. Los dioses arbitrarios, criaturas del capricho y la ignorancia humanas, están cayendo en descrédito. Los hombres han peleado por ellos y los han defendido hasta que se han cansado de luchar, y hoy, en todas partes, reniegan de estos ídolos impotentes y abandonan el culto que durante tanto tiempo les han rendido.

El dios de la venganza, el odio y los celos, que se regodea en la caída de sus enemigos; el dios parcial que satisface todos nuestros deseos egoístas e intolerantes; el dios que sólo salva a las criaturas de su particular y especial credo; el dios de la exclusividad y el partidismo; éstos eran los dioses (a los que erróneamente llamábamos

Dios) de la infancia de nuestra alma, unos dioses rastre-
ros e insensatos como nosotros mismos, producto de
nuestro yo egoísta. Y abjuramos de nuestros nimios dio-
ses con amargas lágrimas y recelo, y destruimos nuestros
ídolos con manos ensangrentadas. Pero al hacerlo, no per-
dimos de vista a Dios; más aún, nos acercamos al grande
y silencioso Corazón del Amor. Al derribar los ídolos del
yo, empezamos a comprender algo del Poder que no se
puede destruir, y penetramos en un mayor conocimiento
del Dios del Amor, de la Paz y de la Alegría; el Dios en
quien no pueden existir la venganza ni la parcialidad; el
Dios de la Luz, ante cuya presencia la oscuridad del mie-
do, la duda y el egoísmo no tienen más opción que des-
vanecerse.

Hemos llegado a una de esas épocas del progreso de
la humanidad que son testigo de la defunción de los dio-
ses falsos; los dioses del egoísmo humano y de la fantasía
humana. En el mundo ha amanecido la nueva aunque
antigua revelación de una Verdad universal e impersonal,
y su luz inquisitiva ha abatido a los dioses perecederos
que moran a la sombra del yo.

Las personas han perdido la fe en un dios al que se
puede embaucar, un dios que gobierna arbitraria y capri-
chosamente y subvierte por completo el orden de las
cosas para satisfacer los deseos de sus adoradores, y vuel-
ven su mirada, con una luz nueva en los ojos y un nuevo
gozo en el corazón, al Dios de la Ley.

Y a Él se dirigen no para alcanzar la felicidad ni la satisfacción personales, sino en busca del conocimiento, la comprensión, la sabiduría y la liberación de las ataduras del yo. Y con esta actitud, no buscan en vano, ni se quedan vacíos ni frustrados. Hallan en su interior el reino de la Ley, se percatan de que todo pensamiento, todo impulso, todo acto y toda palabra producen un resultado acorde con la propia naturaleza de unos y otra; de que los pensamientos de amor se traducen en un estado hermoso y de gran felicidad; de que los pensamientos de odio producen un estado falseado y doloroso; de que los pensamientos y los actos buenos y malos se pesan en la balanza infalible de la Ley Suprema, y reciben la misma medida de dicha en un caso, y de sufrimiento en el otro. Y con este descubrimiento, los hombres emprenden un Camino nuevo, el Camino de la Obediencia a la Ley. Al iniciar este Camino dejan de acusar, de dudar, de inquietarse y abatirse, porque saben que Dios es justo, que las leyes universales son justas, que el cosmos es justo, y que son ellos quienes están en el error, si es que existe el error, y que su salvación depende de ellos mismos, de sus propios esfuerzos, de su aceptación personal de lo que es bueno y del rechazo deliberado de lo que es malo. Dejan de ser meros oyentes para pasar a ser actores de la Palabra, y adquieren el conocimiento, reciben la comprensión, crecen en la sabiduría, y entran en la gloriosa vida de la liberación de las ataduras del yo.

«La Ley del Señor es perfecta e ilumina los ojos.» La imperfección reside en la ignorancia del hombre, en la ciega locura del hombre. La perfección, que es el conocimiento de la Ley Perfecta, está a disposición de todos los que la buscan con seriedad; pertenece al orden de las cosas; es tuya y mía sólo con que dejemos de lado el egoísmo y adoptemos la vida de quien se olvida de sí mismo.

El conocimiento de la Verdad, con su alegría indescriptible, su placidez y su fuerza callada, no es para quienes persisten en aferrarse a sus «derechos», en defender sus «intereses», en luchar por sus «opiniones»; no es para aquellos cuyas obras están imbuidas del «yo» personal y que construyen sobre las arenas movedizas del egoísmo y el egotismo. Es para quienes renuncian a estas causas de la inquietud, a estas fuentes del dolor y la pena; para quienes son, en verdad, Hijos de la Verdad, discípulos del Maestro, adoradores del Altísimo.

Los Hijos de la Verdad están hoy en el mundo; piensan, actúan, escriben y hablan; sí, los propios profetas están entre nosotros, y su influjo domina toda la tierra. Una corriente subterránea de santa alegría está adquiriendo fuerza en el mundo, de forma que hombres y mujeres se mueven por nuevas aspiraciones y esperanzas, e incluso quienes no ven ni oyen sienten en su interior extrañas ansias de una vida mejor y más plena.

La Ley reina, y lo hace en el corazón y la vida de los hombres; y quienes han buscado el Tabernáculo del Dios

verdadero por el buen camino del desprendimiento han llegado a comprender el reinado de la Ley.

Dios no cambia para el hombre, pues lo contrario significaría que lo perfecto ha de volverse imperfecto; el hombre debe cambiar para Dios, y esto implica que lo imperfecto ha de volverse perfecto. No se puede quebrantar la Ley para el hombre; de lo contrario, reinaría la confusión; el hombre debe obedecer la Ley; así lo exigen la armonía, el orden y la justicia.

No hay yugo más doloroso que estar a merced de las propias inclinaciones; no hay mayor libertad que la completa obediencia a la Ley del Ser. Y la Ley dice que hay que purificar el corazón, regenerar la mente y someter a ella todo el ser, hasta que el yo muera y se imponga el Amor en su plenitud, porque el reino de la Ley es el reino del Amor. Y el Amor aguarda a todos, no rechaza a nadie. Se puede reivindicar el Amor y entrar en él ahora, porque es patrimonio de todos.

¡Oh, hermosa Verdad! ¡Saber que hoy el ser humano puede aceptar su herencia divina, y entrar en el Reino de los Cielos!

¡Oh, lamentable error! ¡Saber que el ser humano rechaza la Verdad por amor al yo!

Obedecer la Ley significa destruir el pecado y el yo, y hacer realidad la dicha sin sombras y la paz imperecedera.

Agarrarse a las propias inclinaciones egoístas significa nublar el alma con el dolor y la pena que empañan la luz de la Verdad; cerrarse uno mismo a toda auténtica



felicidad; porque «lo que el hombre siembre será lo que recoja».

En verdad reina la Ley y siempre reinará, y la Justicia y el Amor son sus ministros eternos.

LA JUSTICIA SUPREMA



El universo material se mantiene y se preserva por el equilibrio de sus fuerzas.

El universo moral se sostiene y se protege por el equilibrio perfecto de sus equivalentes.

Del mismo modo que en el mundo físico la Naturaleza aborrece el vacío, en el mundo espiritual se repudia la discordia.

Por debajo de las turbulencias y las destrucciones de la Naturaleza, y detrás de la mutabilidad de sus formas, reside la eterna simetría perfecta y matemática; y en el corazón de la vida, detrás de su dolor, su incertidumbre y su desasosiego, habitan la armonía eterna, la paz duradera y la Justicia inviolable.

¿Ocurre, pues, que no hay injusticia en el universo? Hay injusticia y no la hay. Depende del tipo de vida y del estado de conciencia con que el hombre contempla el mundo y lo juzga. Quien vive en sus pasiones ve la injusticia por doquier; quien ha vencido sus pasiones, ve la acción de la Justicia en todos y cada uno de los aspectos de la vida humana. La injusticia es el sueño confuso y febril de la pasión, suficientemente real para quienes lo tienen; la Justicia es la realidad permanente de la vida, gloriosamente visible para aquellos que han despertado de la dolorosa pesadilla del yo.

No se puede percibir el Orden Divino mientras no se trascienda de la pasión y el yo; no se puede comprender la Justicia impecable mientras toda idea de ofensa y maldad no se consuma en las llamas purificadoras del Amor que todo lo abarca.

El hombre que piensa: «Me han desairado, me han ofendido, me han insultado, me han tratado injustamente» no puede saber qué es la Justicia; cegado por el yo, es incapaz de discernir los puros Principios de la Verdad y, mientras rumia sus agravios, vive en permanente sufrimiento.

En el ámbito de la pasión se produce un incesante conflicto de fuerzas que son un suplicio para todos los que se ven involucrados en ellas. Es un proceso de acción y reacción, de hechos y consecuencias; y en su interior y por encima de todo está la Justicia Divina que regula la acción de las fuerzas con la mayor precisión matemática,

y equilibra la causa y el efecto con la exactitud más rigurosa. Pero quienes participan en el conflicto no perciben esta justicia —no la pueden percibir—; antes de ser capaces de hacerlo, deben dejar atrás la encarnizada batalla de la pasión.

El mundo de la pasión es la morada de los cismas, las disputas, las guerras, las interpelaciones, las acusaciones, las condenas, las impurezas, las flaquezas, las locuras, los odios, las venganzas y los resentimientos. ¿Cómo puede percibir la Justicia o comprender la Verdad quien está involucrado, aunque sea sólo en parte, en la feroz batalla de los cegadores elementos de ese mundo de la pasión? Sería como esperar que alguien que estuviera envuelto por el fuego de un edificio en llamas se sentara y se pusiera a pensar en la causa del incendio.

En este reino de la pasión, los hombres ven la injusticia de las acciones de los demás porque, al observar únicamente las apariencias inmediatas, consideran que cada acto se erige en autonomía, ajeno a la causa y la consecuencia. Al desconocer la presencia de la causa y el efecto en la esfera moral, las personas no ven el proceso de nivelación y equilibrado que se desarrolla momentáneamente, como tampoco consideran jamás que sean injustas sus acciones, sino sólo las de los demás. Un muchacho apalea al animal indefenso, luego un hombre golpea al inerme muchacho por su crueldad, y después otro hombre más fuerte ataca al anterior por su brutalidad con el muchacho. Cada uno piensa que los otros dos son injustos

y crueles, y que él es justo y compasivo; y sin duda será sobre todo el muchacho quien piense que su conducta con el animal es completamente necesaria. Así es como la ignorancia mantiene vivo el odio y el enfrentamiento; como los hombres se infligen ciegamente dolor, al vivir en la pasión y el resentimiento, y al no encontrar el camino verdadero de la vida. Al odio se llega por el odio, a la pasión por la pasión, y al enfrentamiento por el enfrentamiento. El hombre que mata se mata; el ladrón que vive de robar a los demás se roba a sí mismo; la bestia que se alimenta de otras cae víctima del cazador y muere; el acusador es acusado, quien condena es condenado, y a quien denuncia se lo persigue.

Por esto el asesino se clava su propio cuchillo, el juez injusto pierde a su defensor, la lengua mendaz sufre su mentira, el ladrón y el atracador han de dar lo que roban. Así es la Ley.

La pasión también tiene su lado activo y su lado pasivo. El idiota y el farsante, el opresor y el esclavo, el agresor y el agredido, el charlatán y el embaucado se complementan mutuamente y se someten juntos a la Ley de la Justicia. Los hombres cooperan inconscientemente en provocarse una aflicción mutua; «si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo». La pena, el dolor, la amargura y el sufrimiento son el fruto nacido de la flor que es la pasión.

Allí donde el alma cegada por la pasión sólo ve injusticia, el hombre bueno, aquel que ha vencido la pasión, ve causa y efecto, ve la Justicia Suprema. Es imposible que este ser piense que se le trata injustamente, porque ha dejado de ver la injusticia. Sabe que nadie puede herirlo ni engañarlo, porque ha dejado de herirse y engañarse. Por grande que sea la pasión o la ignorancia con que los hombres actúen con él, no podrán causarle ningún dolor, porque sabe que cualquier cosa de la que sea destinatario (quizá el maltrato y la persecución) sólo puede ser el efecto de lo que él mismo remitió anteriormente. Por consiguiente, considera que todas las cosas son buenas, se regocija con todo, ama a sus enemigos y bendice a quien lo maldice, porque piensa que son el instrumento ciego pero caritativo con el que puede pagar sus deudas morales a la Gran Ley.

El hombre bueno, que ha abandonado todo resentimiento, represalia, egoísmo y egotismo, ha llegado al estado de equilibrio y, con ello, ha pasado a identificarse con el Equilibrio Eterno y Universal. Se ha elevado por encima de las fuerzas ciegas de la pasión, así que sabe lo que son y las observa con tranquila y penetrante agudeza, como el que mora solitario en la cima de la montaña y desde arriba contempla las tormentas que se desatan a sus pies. Para él, la injusticia ha cesado, y ve la ignorancia y el dolor a un lado, y la luz y la dicha al otro. Entiende que no sólo necesitan su comprensión el ignorante y el esclavo, sino que también el embaucador y el agresor tienen

necesidad de ella, de modo que su compasión se extiende a todos.

La Justicia Suprema y el Amor Supremo son lo mismo. No se pueden evitar la causa y el efecto; no se puede escapar de las consecuencias.

Mientras el hombre se entrega al odio, el resentimiento, la ira y la condena, está sometido a la injusticia, como el soñador lo está a su sueño, y no puede hacer otra cosa que ver injusticia; pero quien ha vencido esos elementos exaltados y esclavizantes sabe que la Justicia infalible lo preside todo, que en la realidad no existe en todo el universo eso que se llama injusticia.

EL USO DE LA RAZÓN



Hemos oído decir que la razón es un guía ciego, y que aleja a los hombres de la Verdad en lugar de llevarlos a ella. Si así fuera, sería mejor volverse irracional o seguir siéndolo, y convencer a los demás para que hiciesen lo mismo. Sin embargo, hemos descubierto que el cultivo diligente de la divina facultad de la razón trae consigo la calma y la agilidad mental, y capacita para enfrentarse con alegría a los problemas y dificultades de la vida.

Es cierto que hay una luz superior a la razón, superior incluso al propio Espíritu de la Verdad, pero sin la ayuda de la razón no se puede aprehender la Verdad. Quienes se nieguen a recortar el pabilo de la lámpara de la razón, y mientras persistan en esta actitud, nunca percibirán

la luz de la verdad, porque la luz de la razón es un reflejo de esa Luz.

La razón es una cualidad puramente abstracta, y se sitúa a medio camino entre la conciencia animal y la conciencia divina del hombre, y, si se emplea adecuadamente, lleva de la oscuridad de la primera a la luz de la segunda. Es verdad que se puede poner la razón al servicio de la naturaleza inferior y egoísta, pero sólo ocurre así como resultado de su ejercicio parcial e imperfecto. Un desarrollo más pleno de la razón aleja de la naturaleza inferior y egoísta y acaba por llevar el alma a lo más alto y divino.

El observador espiritual que, en su búsqueda del Santo Grial de la Vida perfecta, queda una y otra vez

abandonado y agotado en una tierra de arena y espinos,

no se queda así varado porque haya seguido la razón, sino porque sigue asido a algunos restos de su naturaleza inferior y es reacio a abandonarlos. Quien use la luz de la razón como antorcha con la que buscar la Verdad no acabará abandonado en la molesta oscuridad.

Razonemos juntos, dijo el Señor; aunque vuestros pecados sean como la grana, se emblanquecerán como la nieve.

Muchos hombres y mujeres pasan por sufrimientos indescriptibles, y al final mueren con sus pecados, porque *se niegan a razonar*; porque se aferran a esas oscuras y falsas

ilusiones para cuya extinción bastaría con un desvanecido rayo de luz de la razón; y todo el que quiera convertir la grana vestidura del pecado y el sufrimiento en la blanca indumentaria de la inocencia y la paz debe usar su razón con libertad, plenitud y fe.

Hemos demostrado y conocido estas verdades, por esto exhortamos a los hombres a

andar por el camino que traza la Razón y lo hace suave y tranquilo,

porque la razón nos aleja de la pasión y el egoísmo para llevarnos a los apacibles senderos de la dulce persuasión y el noble perdón, y quien cumpla el mandamiento apostólico de «pruébalo todo y quédate con lo bueno» nunca será abandonado ni se dejará conducir por guías ciegos. Así pues, quienes desprecian la luz de la razón desprecian la Luz de la Verdad.

Muchos son los que albergan la extraña ilusión de que la razón está relacionada de un modo u otro con la negación de la existencia de Dios. Probablemente se deba al hecho de que quienes intentan demostrar que Dios no existe suelen decir que se basan en la razón, mientras que quienes tratan de demostrar lo contrario por lo general aseguran que se basan en la fe. Tales combativas discusiones, sin embargo, se rigen a menudo más por el prejuicio que por la razón o la fe, y su objetivo no es encontrar la Verdad, sino defender y confirmar una opinión preconcebida.

La razón no se ocupa de opiniones efímeras sino de la verdad comprobada de las cosas, y quien posee la facultad de la razón en su pureza y excelencia nunca podrá ser esclavo del prejuicio, sino que tachará de desdeñables todas las ideas preconcebidas. No intentará demostrar ni refutar, sino que, después de ponderar los extremos y reunir todas las aparentes contradicciones, los sopesará y analizará con cuidado y sin apasionamiento, para así llegar a la Verdad.

En realidad, la razón va asociada a todo lo que es puro y noble, moderado y justo. Del hombre violento se dice que es «irracional»; del que es amable y considerado, que es «razonable»; y del loco, que «ha perdido la razón». De modo que la palabra, aunque en gran medida de forma inconsciente pero no por ello con menos certeza, se usa en un sentido muy amplio, y aunque la razón no es realmente lo mismo que el amor ni el buen juicio ni la afeblidad ni la cordura, conduce a estas cualidades y está íntimamente relacionada con ellas, y no se puede disociar de ellas, como no sea para proceder a su análisis.

La razón representa todo lo que de elevado y noble hay en el hombre. Lo distingue de la bestia que sigue ciegamente sus inclinaciones animales, y exactamente en la misma medida en que el hombre desobedece la voz de la razón y sigue sus inclinaciones, se convierte en un ser bruto. Como dice Milton:

La razón que en el hombre queda oscurecida o desobedecida, inmediatamente trastorna los deseos y despierta las

pasiones que se adueñan de la razón y que someten al hombre a la esclavitud hasta que se liberan.

La siguiente definición de «razón» que figura en el Diccionario de Nuttall da idea de la amplitud de la palabra:

Causa, base, principio o motivo de todo lo que se diga o haga; causa eficiente; facultad de la inteligencia del hombre; en especial la facultad por la que llegamos a la verdad necesaria.

Se verá, pues, que «razón» es un término de una amplitud que casi puede abarcar hasta la propia Verdad, y el arzobispo Trench dice en su celebrada obra *On the study of Words* («Del estudio de las palabras») que los términos «razón» y «palabra» «son realmente de esencia tan idéntica que en griego existe una misma palabra para ambas», de modo que la Palabra de Dios es la Razón de Dios; y una de las traducciones de «Tao» de Lao-Tsé es Razón, de manera que en la traducción china de nuestro Nuevo Testamento, el Evangelio de San Juan dice: «En el principio fue Tao.»

Para la mente no desarrollada y dura todas las palabras tienen una aplicación muy reducida, pero cuando el hombre reúne mayores conocimientos y amplía su inteligencia, las palabras se llenan de ricos significados y adquieren unas proporciones globales. Dejémonos, pues, de insensatas discusiones sobre las palabras y, como seres



racionales que somos, busquemos los principios y la práctica de todo aquello que compone la unidad y la paz.

LA AUTODISCIPLINA



Mientras el hombre no empieza a disciplinarse, no vive; simplemente existe. Como el animal, satisface sus deseos y sigue sus inclinaciones a dondequiera que lo lleven. Es feliz como lo es el animal, porque no es consciente de lo que se está privando; sufre como sufre el animal, porque no sabe cómo salir del dolor. No reflexiona inteligentemente sobre su vida, y vive en una serie de sensaciones, añoranzas y confusos recuerdos que no guardan relación alguna con ninguna idea ni principio básicos. El hombre cuya vida interior es así de caótica y falta de gobierno ha de manifestar necesariamente esta confusión en las condiciones visibles de su vida exterior en el mundo; y aunque durante cierto tiempo, llevado por la corriente de

sus deseos, se pueda procurar una parte mayor o menor de lo necesario y de las comodidades externas de la vida, nunca alcanza un auténtico éxito ni consigue nada realmente bueno, y antes o después el fracaso y el desastre mundanos resultan inevitables, como consecuencia directa del fracaso interior al ajustar y regular adecuadamente esas fuerzas mentales que componen la vida exterior.

Antes de conseguir algo de naturaleza perdurable en el mundo, el ser humano debe alcanzar, ante todo, cierto grado de éxito en el gobierno de su propia mente. Es una certeza matemática como la de que dos más dos son cuatro, porque, «(del corazón) brotan las fuentes de la vida». Si el hombre no sabe dominar las fuerzas de su propio interior, no puede regir con mano firme las actividades externas que constituyen su vida visible. Por otro lado, cuando la persona consigue sus propósitos, al gobernarse a sí misma asciende a niveles cada vez más elevados de poder, rendimiento y éxito en el mundo.

La única diferencia entre la vida del animal y la del hombre no disciplinado es que éste tiene una mayor diversidad de deseos y experimenta el sufrimiento con intensidad más aguda. Se podría decir de una persona así que está muerta, pues lo está realmente al autocontrol, la castidad, la fortaleza y todas las cualidades más nobles que constituyen la vida. En la conciencia de ese ser, Cristo crucificado sigue en la tumba, a la espera de la resurrección que reviva al sufridor mortal y lo despierte al conocimiento de las realidades de la existencia.

Con la práctica de la autodisciplina el hombre empieza a vivir, porque entonces comienza a elevarse por encima de la confusión interior y a ajustar su conducta a un punto firme que lleva dentro. Deja de avanzar a donde la inclinación lo lleve, detiene el paso del corcel de sus deseos, y vive de acuerdo con los dictados de la razón y la sabiduría. Hasta ese momento, su vida no ha tenido objetivo ni significado, pero ahora el hombre empieza a moldear conscientemente su propio destino; está «vestido y en su sano juicio».

El proceso de la autodisciplina tiene tres fases:

1. Control
2. Purificación
3. Renuncia

El ser humano empieza a disciplinarse mediante el control de las pasiones que hasta ese momento lo han dominado; resiste la tentación y se guarda de todas aquellas tendencias a la gratificación egoísta que son tan fáciles y naturales y que lo han controlado hasta ese momento. Frena su apetito, y empieza a comer como un ser racional y responsable, practica la moderación y la reflexión al seleccionar los alimentos, con el fin de hacer de su cuerpo un instrumento puro con el que pueda vivir y actuar como corresponde al hombre, y dejar de degradar ese cuerpo con la satisfacción de los caprichos de la gula. Pone freno a su lengua, a su temperamento y, de hecho, a

todo deseo y tendencia animales, y para ello ajusta todos sus actos a un centro inamovible de su interior. Es un proceso de vivir de dentro afuera, y no, como antes, de fuera adentro. Tiene un ideal, que deposita en lo más recóndito y sagrado de su corazón, y así regula su conducta de acuerdo con las exigencias y mandatos de ese ideal.

Según una hipótesis filosófica, en el corazón de todos los átomos y de todo conjunto de ellos del universo hay un *centro inmóvil* que es la base que sustenta todas las actividades universales. Sea como fuere, lo cierto es que en el corazón de todo hombre y toda mujer hay un centro desinteresado sin el cual no podría existir el hombre exterior, y cuya ignorancia lleva al sufrimiento y la confusión. Este centro desprendido que, en la mente, adopta la forma de un ideal de magnanimidad e inmaculada pureza y cuya consecución es deseable; es el refugio eterno en que el hombre se resguarda de las tormentas de la pasión y de todos los elementos en conflicto de su naturaleza inferior. Es la Roca de los Tiempos, el Cristo interior, lo divino e inmortal que hay en toda persona.

Cuando el hombre practica el autocontrol, se aproxima cada vez más a esta realidad interior, y la pasión y el dolor, el placer y la pena lo zarandean cada vez menos, y así vive una vida firme y virtuosa, testimonio de la fuerza y la fortaleza viriles. Sin embargo, la represión de las pasiones no es más que la primera fase de la autodisciplina, y va seguida inmediatamente del proceso de Purificación. En éste, el hombre se purifica de tal forma que elimina por

completo la pasión de su corazón y su mente; no sólo mediante la represión cuando aparece en su interior, sino con la prevención de que pueda surgir. Únicamente con la represión de sus pasiones el hombre nunca podrá llegar a la paz, nunca podrá hacer realidad su ideal; debe purificar estas pasiones.

Es con la purificación de su naturaleza inferior con lo que la persona se hace fuerte y divina, firme sobre el centro ideal que hay en su interior, dejando sin fuerza y sin eficacia las tentaciones. Esta purificación se realiza mediante la vigilancia reflexiva, la meditación metódica y la sagrada aspiración; y cuando se consigue, desaparece la confusión de la mente y la vida, y se asientan la serenidad mental y la conducta espiritualizada.

La fuerza, el poder y la utilidad verdaderas nacen de la purificación de uno mismo, porque las fuerzas animales inferiores no se pierden, sino que se transmutan en energía intelectual y espiritual. La vida pura (pura de pensamiento y obra) es una vida de conservación de la energía. El hombre puro es más capaz y está, por consiguiente, más preparado que el impuro para tener éxito en sus planes y alcanzar sus objetivos. Donde el hombre impuro fracasa, el puro se alza con la victoria, porque dirige sus fuerzas con mente más tranquila y una mayor determinación y fortaleza en sus fines.

Con el crecimiento en la pureza, todos los elementos que constituyen el hombre fuerte y virtuoso se desarrollan con un grado creciente de poder, y cuando consigue

dominar su naturaleza inferior, y que las pasiones hagan lo que a él se le antoje, en esta misma medida moldeará las circunstancias externas de su vida, e influirá en los demás para bien.

La tercera fase de la autodisciplina, la de la Renuncia, es un proceso en el que se permite que los deseos más bajos y todos los pensamientos impuros e impropios salgan de la mente, y también de negarse a darles ningún tipo de acogida, dejando que se desvanezcan. A medida que se va volviendo más puro, percibe que cualquier mal carece de poder a menos que cuente con su estímulo, de modo que lo ignora y deja que salga de su vida. Con este empeño de alcanzar ese aspecto de la autodisciplina el hombre entra en la vida divina y la hace real, y manifiesta aquellas cualidades que son claramente divinas, como la sabiduría, la paciencia, la no resistencia, la compasión y el amor. Es aquí, también, donde el hombre se vuelve conscientemente inmortal y se alza sobre las fluctuaciones y las incertidumbres de la vida, y vive en una paz inteligente e inmutable.

Con la autodisciplina el ser humano alcanza el máximo grado de virtud y santidad, y al final se convierte en hijo purificado de Dios, y se percata de su unicidad con el corazón vital de todas las cosas.

Sin autodisciplina el ser humano va a la deriva y cae en profundidades cada vez mayores, aproximándose progresivamente al animal, hasta que acaba por postrarse, criatura perdida, en el lodo de su propia locura. Con la

autodisciplina, el hombre se eleva cada vez más, y se aproxima progresivamente a lo divino, hasta que acaba por erigirse en su dignidad divina, alma salvada, glorificado por el resplandor de su pureza. El que se purifique, vivirá; el que deje de disciplinarse, perecerá.

Del mismo modo que el árbol crece en hermosura, salud y fructífera producción porque se lo poda y cuida con esmero, el hombre crece en gracia y hermosura de la vida porque se le quitan todas las ramas del mal de su mente, y así cuida y desarrolla lo bueno mediante el esfuerzo constante e indefectible.

Con la práctica, el ser humano llega a dominar su oficio y, del mismo modo, el hombre prudente alcanza la bondad y la sabiduría. Las personas se acobardan ante la autodisciplina porque ésta, en sus primeras fases, es dolorosa y repulsiva, y ceder al deseo es, al principio, algo dulce y atractivo; pero al final del deseo están la oscuridad y la turbación, mientras que los frutos de la disciplina son la inmortalidad y la paz.

LA DETERMINACIÓN



La determinación es la fuerza que dirige e impulsa el progreso individual. Sin ella, no se puede realizar ninguna obra sustancial. El hombre no avanza de manera consciente y rápida mientras no impone determinación a su vida, porque una vida sin ella es una vida sin metas, y una vida sin metas carece de orientación y estabilidad.

Es cierto que la determinación puede ir unida a bajos instintos, pero lo más habitual es que acompañe las nobles aspiraciones y los elevados ideales, y me refiero a ella en éste su sentido y su aplicación más elevados.

Cuando el hombre toma una determinación, significa que está insatisfecho con su situación, y se pone a trabajar con el propósito de producir una pieza de excelente factura con los materiales mentales de los que se componen su carácter y su vida, y en la medida en que sea fiel a su determinación conseguirá lo que se haya propuesto.

Los votos de los santos fueron en su día santas determinaciones para alcanzar cierta victoria sobre ellos mismos, y los bellos logros de los santos y las gloriosas conquistas de los Divinos Maestros fueron posibles y reales gracias a su determinación inquebrantable.

Tomar la determinación de seguir una senda superior a las andadas, aunque plantea muchas dificultades que habrá que superar, permite iniciar la andadura por esa senda, e ilumina los tramos oscuros con el refulgente halo del éxito.

La auténtica determinación nace de la larga reflexión, la lucha prolongada o la aspiración ferviente pero insatisfecha. No es algo ligero ni un impulso caprichoso ni un deseo vago, sino una decisión solemne e irrevocable de no descansar ni atenuar el esfuerzo hasta conseguir plenamente el elevado objetivo que se tiene a la vista.

La determinación poco entusiasta no es tal, y ante la primera dificultad se hace añicos.

Quien vaya a tomar una determinación debe hacerlo despacio. Ha de analizar escrupulosamente su situación y tener en cuenta todas las circunstancias y problemas relacionados con tal determinación, y debe estar completamente dispuesto a afrontarlos. Ha de estar seguro de que entiende

perfectamente la naturaleza de su determinación, de que está plenamente decidido, y de que nada de lo que ella implica le da miedo ni lo hace dudar. Con esta disposición de ánimo, no va a cejar en la determinación tomada, y con la ayuda de ésta, a su debido tiempo, verá cumplido su elevado propósito.

Las determinaciones precipitadas son vanas.

Para que duren, hay que fortalecer la mente.

En cuanto se toma la determinación de transitar por sendas más elevadas, surgen las tentaciones y las pruebas. Las personas se han dado cuenta de que, en el momento en que deciden llevar una vida más auténtica y noble, se ven abrumados por un torrente de nuevas tentaciones y dificultades de tal calibre que hace casi insoportable su postura, y muchos, por esta razón, desisten de su propósito.

Pero estas tentaciones y pruebas son una parte necesaria de la regeneración que el hombre se ha propuesto, y hay que saludarlas como amigas y afrontarlas con coraje si se quiere que la determinación obtenga su resultado. Porque ¿cuál es la verdadera naturaleza de una determinación? ¿Acaso no es el cuestionamiento súbito de cierta forma de vida, y la decisión de encauzarla de modo completamente distinto? Pensemos en el ingeniero que decide desviar en otra dirección el curso de una caudalosa corriente o un río. En primer lugar, habrá de excavar un cauce nuevo, y deberá tomar todas las precauciones para evitar fracasar en su empresa. Pero cuando inicia la importantísima tarea de dirigir la corriente a su nuevo canal, la fuerza que durante miles de años ha seguido

constantemente su curso acostumbrado no responde, y serán necesarias toda la paciencia y toda la vigilancia del ingeniero para llevar a buen fin su obra. Lo mismo ocurre con el hombre que decide desviar el curso de su conducta en otra dirección más elevada. Después de disponer su mente, que equivale a la excavación del nuevo cauce, empieza a redirigir sus fuerzas mentales —que hasta ese momento fluían sin interrupción— hacia el nuevo curso. Inmediatamente después de emplearse en este trabajo, la energía detenida empieza a desatarse en forma de fuertes tentaciones y pruebas hasta entonces desconocidas y que nunca se habían presentado. Y así es exactamente como debe ser; es la ley; y la misma ley que rige para el agua rige para la mente. Nadie puede mejorar las leyes establecidas de las cosas, pero sí se puede aprender a entender la ley en lugar de quejarse y desear que las cosas sean distintas. Quien comprende todo lo que implica la regeneración de su mente «se gloriará hasta de las propias tribulaciones», sabedor de que sólo si las supera podrá conseguir fuerza, obtener pureza de corazón y alcanzar la paz. Y al igual que el ingeniero al final (quizá después de muchos errores y fracasos) consigue que la corriente fluya mansamente por el canal mejor y más amplio, y se calma la turbulencia del agua y se eliminan todos los diques, el hombre resuelto al final consigue dirigir sus pensamientos y sus actos por el camino que desea, y las tentaciones y pruebas dan paso a una fortaleza permanente y una paz duradera.

Aquel cuya vida no está en armonía con su conciencia y que ansía dirigir su mente y su conducta en un determinado sentido, en primer lugar deberá madurar su propósito mediante la reflexión serena y el autoexamen, para después no virar bruscamente y seguir firme en su decisión en cualquier circunstancia, con lo que no puede fracasar en su buen propósito; porque la Gran Ley siempre cobija y protege al que, por muchos que sean sus pecados, y por grandes y numerosos que sean sus fracasos y sus errores, en lo más hondo de su corazón ha decidido encontrar un camino mejor, y cualquier obstáculo al final debe derrumbarse ante la determinación firme y madura.

LA GLORIOSA CONQUISTA



La verdad sólo se puede aprehender mediante la conquista del yo. Sólo se puede llegar a la dicha con la victoria sobre la naturaleza inferior.

El yo del hombre bloquea el camino de la Verdad.

Los únicos enemigos que realmente pueden ponerle obstáculos al hombre son sus propias pasiones y fantasías. Mientras no se dé cuenta de ello y no empiece a purificar su corazón, no habrá encontrado el Camino que conduce al conocimiento y la paz.

Mientras no se trasciende de la pasión, la Verdad sigue siendo desconocida. Es la Ley Divina. El hombre no puede mantener sus pasiones y a la vez poseer la Verdad.

No se acaba con el error hasta que el egoísmo no ha desaparecido.

La victoria sobre el yo no tiene nada de místico, sino que es algo muy real y práctico.

Es un proceso que hay que alimentar a diario y hora tras hora, con fe inquebrantable y determinación férrea, si se quiere alcanzar el éxito.

Es un proceso de crecimiento ordenado, con sus fases consecutivas, como el crecimiento del árbol; y del mismo modo que sólo se pueden producir frutos mediante el cuidado atento y paciente del árbol, sólo se pueden obtener los agradables frutos de la santidad con la formación fiel y paciente de la mente en el desarrollo de la conducta y el pensamiento correctos.

Cinco son las fases de la superación de la pasión (que incluye todas las malas costumbres y las formas concretas de obrar mal), y las llamaré:

1. Represión
2. Resistencia
3. Eliminación
4. Comprensión
5. Victoria

Cuando el hombre no consigue liberarse de sus pecados es porque intenta empezar por el extremo equivocado. Quiere estar en la fase de la Victoria sin pasar por las cuatro anteriores. Hace como el hortelano que quiere obtener buenos frutos sin cuidar ni atender sus árboles.

La *represión* consiste en examinar y controlar el mal acto (por ejemplo, un arranque de ira, un comentario alo-cado o desconsiderado, una complacencia egoísta, etc.), y no dejar que cobre forma real. Es como el hortelano que poda los brotes y las ramas innecesarias del árbol. Es un proceso necesario pero doloroso. En él, el árbol sangra, y el hortelano sabe que no lo debe tratar con excesiva dureza. También sangra el corazón cuando se niega a devolver pasión por pasión, cuando deja de defenderse y justificarse. Es el proceso de «mortificación de los sentidos» del que habla San Pablo.

Pero esta represión sólo es el principio de la conquista de uno mismo. Cuando se lo convierte en el fin, y no hay intención de llegar al final a la purificación del corazón, se convierte en una fase de hipocresía; equivale a ocultar la propia naturaleza, y afanarse por parecer a los ojos de los demás mejor de lo que uno es en realidad. En este caso es algo malo, pero cuando se adopta como la primera fase del proceso que lleva a la completa purificación, es algo positivo. Su práctica conduce a la segunda fase, la de *resistencia*, paciencia o tolerancia, en la que la persona resiste en silencio el dolor que sufre la mente cuando entra en contacto con determinadas acciones y actitudes de otras mentes respecto a ella. Cuando en esta fase se alcanza el éxito, quien en ella lucha acaba por comprender que todo su dolor surge realmente de su propia flaqueza, y no de las actitudes erradas que los demás muestran con él, pues estos últimos no son más que los

medios por los que sus pecados emergen a la superficie y se le revelan. Y así, gradualmente exonera a los demás de la culpa de las que son sus caídas y sus fallos de conducta, y sólo se acusa a sí mismo, y aprende a amar a quienes inconscientemente le desvelan sus pecados y defectos.

Después de pasar por estas dos fases de autocrucifixión, el discípulo entra en la tercera, la de *eliminación*, en la que se aleja de la mente de forma inmediata el pensamiento equivocado que se esconde detrás del acto erróneo. En esta fase, la fuerza consciente y la santa alegría empiezan a ocupar el lugar del dolor y, con la mente ya más sosegada, quien batalla en esta fase puede comprender con mayor profundidad las complejidades de su mente, y así saber dónde empieza el pecado, cómo crece y cómo se defiende a sí mismo. Es la fase de la *comprensión*.

La comprensión perfecta conduce a la conquista final del yo, una conquista tan completa que el pecado ya no puede surgir en la mente ni siquiera como pensamiento o impresión; porque cuando el conocimiento del pecado es completo, cuando éste se conoce en su totalidad, desde su inicio como semilla en la mente hasta su maduración como acto y consecuencia, ya no se le puede reservar un lugar en la vida, sino que se abandona para siempre. En ese momento la mente está en paz. Los malos actos de los demás dejan de provocar error y sufrimiento en la mente del discípulo. Éste se siente alegre, tranquilo y sabio. Está repleto de Amor, y la dicha mora en él. Es la *victoria*.

LA COMPLACENCIA EN LA ACTIVIDAD



Entre los escritores, e incluso en la llamada «Escuela de Pensamiento Avanzado», es habitual confundir la virtud o el principio espiritual positivo con un vicio animal negativo, y se suele gastar mucha energía en criticar y condenar, cuando un poco de reflexión pausada encendería una luz de más potencia, y conduciría a la práctica de una mayor caridad.

El otro día me encontré con un feroz ataque a la enseñanza del «Amor», cuyo autor condenaba tal enseñanza por considerarla endeble, deficiente e hipócrita. Huelga decir que lo que condenaba como «Amor» no era más que el sentimentalismo exánime y la hipocresía.

Otro autor que condena la «mansedumbre» no sabe que a lo que él atribuye este nombre no es más que la cobardía, mientras que otro que ataca la «castidad» y la tilda de «trampa» en realidad confunde la represión dolorosa e hipócrita con la virtud de la castidad. Y por último, recibí una extensa carta cuyo remitente ponía todo su empeño en demostrarme que la «complacencia» es un vicio y fuente de innumerables males.

Lo que esta persona llamaba «complacencia» es, evidentemente, la *indiferencia animal*. El espíritu de la indiferencia es incompatible con el progreso, mientras que el espíritu de la complacencia puede estar presente, y lo está, en la forma más elevada de actividad, el auténtico avance y desarrollo. La indolencia es la hermana gemela de la indiferencia; en cambio, la acción alegre y resuelta es la amiga de la complacencia.

La complacencia es una virtud que se vuelve noble y espiritual en sus demostraciones posteriores, cuando la mente está formada para percibir y el corazón para recibir la orientación, en todas las cosas, de una ley indulgente.

Sentirse complacido no significa huir del esfuerzo; significa *liberar de ansiedad el esfuerzo*; no significa estar satisfecho con el pecado, la ignorancia y el capricho, sino descansar felizmente con el deber cumplido, la obra terminada.

Se puede decir de alguien que se complace en llevar una vida humillante, en seguir en pecado y en deuda, pero el verdadero estado de esa persona es de indiferencia

con su deber, sus obligaciones y las justas exigencias de sus semejantes. No se puede decir en verdad que posea la virtud de la complacencia; no siente la alegría pura y perdurable que acompaña a la complacencia activa; su auténtica naturaleza es la de un alma dormida a la que, tarde o temprano, despertará un intenso sufrimiento, y después de pasar por él encontrará la verdadera complacencia que resulta del esfuerzo sincero y la vida auténtica.

Hay tres cosas en las que el hombre se debe complacer:

1. En todo lo que ocurra, sea lo que sea.
2. En sus amistades y sus pertenencias.
3. En sus pensamientos puros.

Con la complacencia en lo que ocurra, evitará la pena; con la que siente por sus amigos y sus pertenencias, se librará de la ansiedad y la desdicha; y con la que tiene en sus pensamientos puros, nunca volverá a sufrir impurezas ni a postrarse ante ellas.

Hay tres cosas en las que el hombre no se debe complacer:

1. En sus opiniones.
2. En su carácter.
3. En su condición espiritual.

Al no complacerse en sus ideas, no dejará de acrecentar su inteligencia; al no hacerlo en su carácter, crecerá incesantemente en fuerza y virtud; y al no sentirse satisfecho con su condición espiritual, día tras día adquirirá mayor sabiduría y una dicha más plena. En una palabra, el hombre ha de sentirse complacido, pero no ser indiferente ante su desarrollo como ser responsable y espiritual.

Alguien realmente satisfecho trabaja con energía y fe, y acepta con espíritu firme todo lo que se le presenta, en la creencia, primero, de que todo está bien, pero después con una mayor claridad, sabedor de que lo que obtiene es resultado de sus esfuerzos. Cualquier propiedad material que le llegue no es fruto de la codicia, la ansiedad ni el afán, sino del recto pensar, el sabio actuar y el empeño puro.

EL TEMPLO DE LA FRATERNIDAD



La Fraternidad Universal es el supremo Ideal de la Humanidad, y el mundo avanza hacia ella a paso lento pero seguro.

Hoy más que nunca son incontables las personas honradas que luchan por hacer realidad este Ideal; las Hermandades surgen por todas partes, y desde la prensa y el púlpito se predica la Fraternidad del hombre.

El carácter desinteresado de todos estos esfuerzos ha de producir necesariamente su efecto en el género humano, al que impulsa hacia la meta de sus aspiraciones más nobles; pero el estado ideal no se ha manifestado aún en ninguna organización exterior, y las sociedades formadas

con el objetivo de propagar la Fraternidad se hacen añicos una tras otra por culpa de las disensiones internas.

Es la propia Humanidad la que frena la Fraternidad por la que suspira; o mejor, la frenan todos y cada uno de los hombres que trabajan con celo por ella; y la razón es que no perciben la naturaleza puramente *espiritual* de la Fraternidad, y no entienden los principios en que ésta se asienta ni el tipo de conducta individual necesarios para conseguir la unidad perfecta.

No puede existir la Fraternidad como organización humana mientras en el corazón de los hombres y las mujeres que se unen para cualquier fin reine el mínimo grado de egoísmo, ya que éste acabará por rasgar el tejido sin costuras de la unidad cordial. Pero, pese a que hasta hoy la Fraternidad organizada ha fracasado en gran medida, cualquiera se puede percatar de la Fraternidad en su perfección y conocerla en toda su belleza y plenitud si adopta un espíritu sensato y afectuoso, y aleja de su mente todo elemento de conflicto, y aprende a practicar aquellas cualidades divinas sin las que la Fraternidad no es más que pura teoría, idea o sueño ilusorio.

Porque la Fraternidad es ante todo espiritual, y su manifestación externa en el mundo se debe producir como una secuencia natural.

Como realidad espiritual que es, la debe descubrir cada uno, y en el único lugar en que se pueden encontrar las realidades espirituales: *dentro de uno mismo*; y se halla en cada persona, quiera o no.

En la mente humana existen cuatro tendencias principales destructoras de la Fraternidad, y que bloquean el camino que lleva a su consecución, y son:

1. El orgullo
2. El amor a uno mismo
3. El odio
4. La condena

Donde éstas se hallen no puede existir Fraternidad alguna; en cualquier corazón donde impongan su dominio reinará la discordia y no se alcanzará la Fraternidad, porque estas tendencias son, en su propia naturaleza, tenebrosas y egoístas, y siempre contribuyen al conflicto y la destrucción. De esas cuatro tendencias nacen las crías de serpiente que son las falsas acciones que envenenan el corazón del hombre, y llenan el mundo de sufrimiento y pesar.

Del espíritu del *orgullo* nacen la envidia, el resentimiento y las ideas intransigentes. El orgullo envidia la posición, la influencia o la bondad de los demás; piensa: «Más lo merezco yo que ese hombre o esa mujer»; además, siempre encuentra motivo para tener envidia de las acciones de los demás, y dice: «Me han despreciado», y al pensar únicamente en su excelencia, no ve la de los demás.

Del espíritu del *amor a uno mismo* nacen el egotismo, las ansias de poder y el menosprecio y el desdén. El amor

por uno mismo rinde culto a la personalidad en la que se mueve; se pierde en la adoración y la glorificación de aquel «yo» que no tiene una existencia real, sino que es un sueño confuso y una falsa ilusión. Desea la preeminencia sobre los demás, y piensa: «Soy grande», «soy más importante que los demás»; también menosprecia a los otros, a quienes convierte en objeto de su desdén, porque no ve en ellos belleza alguna y se pierde en la contemplación de la suya propia.

Del espíritu del *odio* nacen la difamación, la crueldad, el vilipendio y la ira. Pugna por vencer la maldad añadiéndole más males. Dice: «Este hombre ha hablado mal de mí, y voy a hablar de él peor aún, para darle una buena lección.» Confunde la crueldad con la amabilidad, y provoca que quien lo alberga calumnie al amigo que lo reprueba. Aviva las llamas de la ira con pensamientos agrios e indómitos.

Del espíritu de la *condena* nacen la acusación, la falsa compasión y el juicio falaz. Se alimenta de la contemplación del mal, y no sabe ver el bien. Sólo tiene ojos para la maldad, y la encuentra en casi todo y en casi todos. Establece un criterio arbitrario para distinguir lo correcto de lo incorrecto, y con él juzga a los demás, y piensa: «Este hombre no hace lo que quiero que haga; por tanto, es perverso y lo denunciaré». Así es la ceguera del espíritu de la condena que hace que quien lo alimenta sea incapaz de juzgarse a sí mismo, y provoca que se erija en juez de todos.

De ninguna de las cuatro tendencias enumeradas puede resultar ningún componente de la fraternidad. Son un veneno mental mortífero, y quien permite que hieran su mente es incapaz de comprender los serenos principios en que se asienta la Fraternidad.

Pero también hay cuatro cualidades divinas principales que propician la Fraternidad, y son, por así decirlo, las rocas que componen la base sobre la que se alza:

1. La humildad
2. La rendición de uno mismo
3. El amor
4. La compasión

Dondequiera que se encuentren, la Fraternidad estará en acción. En cualquier corazón en que reinen, la Fraternidad será una realidad afianzada, porque son, en su propia naturaleza, desprendidas y están llenas de la reveladora Luz de la Verdad. No hay en ellas oscuridad, y donde están, es tan fuerte la luz que las tendencias oscuras no pueden permanecer, sino que se disuelven y desvanecen. De estas cuatro cualidades derivan todas aquellas acciones y condiciones angélicas que contribuyen a la unidad y aportan alegría al corazón del hombre y al mundo.

Del espíritu de la *humildad* nacen la mansedumbre y la concordia; de la *rendición de uno mismo*, la paciencia, la sabiduría y el recto juicio; del *amor*, la amabilidad, la alegría y la armonía; y de la *compasión*, la dulzura y el perdón.

Quien ha llegado a la armonía con estas cuatro cualidades goza de la luz divina; ve de dónde proceden las acciones de los hombres y adónde tienden, por lo que no puede vivir ya en el ejercicio de las tendencias oscuras. Se ha dado cuenta de la Fraternidad en su materialización como liberación de la maldad, de la envidia, del resentimiento, de la disputa y de la condena. Todos los hombres son sus hermanos, tanto los que viven en las tendencias oscuras como quienes lo hacen en las cualidades luminosas, porque sabe que cuando hayan percibido la gloria y la belleza de la Luz de la Verdad, las tendencias oscuras serán expulsadas de su mente. Tiene con los demás una única disposición de ánimo, la de la buena voluntad.

De las cuatro tendencias oscuras surgen la animadversión y los conflictos; y de las cuatro cualidades divinas, la buena voluntad y la paz.

El que vive en las cuatro tendencias provoca conflictos. El que lo hace en las cuatro cualidades propicia la paz.

Inmersos en la oscuridad de las tendencias egoístas, los seres humanos piensan que pueden luchar por la paz, matar para seguir vivos, acabar con la injuria mediante la propia injuria, y restaurar el amor con el odio, la unidad con el resentimiento, la afabilidad con la crueldad, y establecer la fraternidad erigiendo para ello sus propias ideas (que ellos mismos, con el transcurso del tiempo, abandonarán por desdeñables) en pro de la adoración universal.

En el mundo se levantará el ansiado Templo de la Fraternidad cuando las cuatro piedras que forman sus

cimientos —la Humildad, la Rendición de uno mismo, el Amor y la Compasión— se asienten con firmeza en el corazón de los hombres, porque la Fraternidad consiste, ante todo, en el abandono del yo por parte de la persona, y su efecto es la unidad entre unos y otros.

Muchas son las teorías y los planes para propagar la Fraternidad, pero ésta es una e inmutable, y consiste en el cese total del egoísmo y el conflicto, y en la práctica de la buena voluntad y la paz; porque la Fraternidad es una práctica, no una teoría. La rendición de uno mismo y la buena voluntad son sus dos ángeles custodios, y la paz, su morada.

Cuando dos personas deciden mantenerse en sus opiniones opuestas, lo que prevalece son el yo y la inquina, y la Fraternidad brilla por su ausencia. Cuando dos personas están dispuestas a entenderse, a no ver el mal que pueda haber en cada una, a servirse y no atacarse mutuamente, ahí están la Verdad y la Buena Voluntad, y la Fraternidad está presente.

El orgullo y el yo intransigente forman parte inherente de todo tipo de conflictos, divisiones y guerras; los Principios que revela el yo complaciente lo son de toda clase de paz, unidad y concordia. Sólo aquel que está en paz con todo el mundo practica la Fraternidad.

LOS DELICIOSOS PASTOS DE LA PAZ



Quien aspira a mejorarse y a mejorar la Humanidad debe afanarse sin descanso en llegar al ejercicio de esa bendita disposición de ánimo que le permite ponerse, mentalmente y con comprensión, en el lugar de los demás, y así, en vez de juzgarlos con dureza y erradamente y, con ello, sucumbir en la infelicidad sin incrementar la felicidad de los demás, penetrar en su experiencia, comprender su particular estado de ánimo, sentir lo que sienten y comprenderlos.

Uno de los grandes obstáculos para alcanzar tal disposición de ánimo es el prejuicio, y mientras no se acabe

con él, es imposible actuar con los demás como desearíamos que ellos hicieran con nosotros.

El prejuicio destruye la afabilidad, la comprensión, el amor y el recto juicio, y la fuerza del prejuicio del hombre dará la medida de su intransigencia y falta de consideración con los demás, pues el prejuicio y la crueldad son inseparables.

En el prejuicio no existe la racionalidad y, en cuanto despierta en el hombre, éste deja de actuar como un ser racional, y da paso a la tosquedad, la ira y la pasión injuriosa. No medita sus palabras ni tiene en cuenta los sentimientos y las libertades de aquellos contra los que dirige sus prejuicios. Ha perdido temporalmente su condición humana, y ha descendido al nivel de la criatura irracional.

Mientras el hombre está decidido a aferrarse a sus ideas preconcebidas, a las que confunde con la Verdad, y se niega a tomar en consideración sin apasionamiento la postura de los demás, no puede escapar del odio ni alcanzar la dicha.

El hombre que se esfuerza por llegar a la dulzura, que aspira a actuar con ánimo desprendido con los demás, dejará de lado todos sus acentuados prejuicios para conseguir gradualmente la capacidad de pensar y sentir por los demás, de comprender su particular estado de ignorancia o conocimiento, y con ello entrar de lleno en sus corazones y sus vidas, con actitud comprensiva y viéndolos tal como son.

Esta persona no se opondrá a los prejuicios de los demás con la defensa de los suyos propios, sino que intentará disipar cualquier prejuicio con la comprensión y el amor, en un esfuerzo por aportar todo lo que de bueno hay en los hombres, apelando al bien para así espolearlo, e ignorando el mal para así ponerle freno. Se dará cuenta de todo lo bueno que hay en los esfuerzos desinteresados de los demás, aunque los métodos externos de éstos puedan ser distintos de los suyos, y así liberará del odio su corazón y lo dirigirá al amor y la dicha.

El que es propenso a juzgar con dureza y condenar a los demás, debería preguntarse por sus propios defectos; debería reconsiderar aquellos momentos suyos de sufrimiento cuando pensaba que se le juzgaba mal y no se le comprendía y, extrayendo sabiduría y amor de su propia amarga experiencia, debería abstenerse con aplicación y sacrificio de herir de angustia unos corazones demasiado débiles aún para ignorar, demasiado inmaduros y faltos de formación para comprender.

No es necesario entender a quienes son más puros y de mayores luces que uno mismo, ya que quien posee mayor pureza está por encima de la necesidad de ésta. En tales casos hay que practicar la reverencia, con el ánimo de elevarse al nivel más puro y así llegar a poseer una vida más amplia. Tampoco puede el hombre comprender a otro de más sabiduría que él, y antes de condenarlo debe preguntarse seriamente si, después de todo, él es mejor que aquel al que ha escogido como objeto de su encono.

Si lo es, será digno de comprensión; si no, deberá ejercer la reverencia.

Durante miles de años, los sabios han enseñado, con el mandamiento y el ejemplo, que el mal sólo se vence con el bien; sin embargo, todavía son muchos los que no han aprendido la lección. Es una lección profunda en su sencillez, y difícil de aprender porque las ilusiones del yo ciegan a los hombres. Los hombres siguen oponiéndose, condenando y luchando contra el mal que anida en el corazón de sus semejantes, y así agudizan el engaño que anida en el suyo, y acrecientan la suma de miseria y sufrimiento del mundo. Cuando descubran que deben erradicar su propio resentimiento y poner el amor en su lugar, el mal perecerá por falta de sustento.

Con el cerebro y el corazón en las llamas del odio alimentaba al malhechor que en mí había, siempre, durante la desdichada noche y el desventurado día. No dejaba de soñar y pensar en matar y matar. Pero lo mejor de mí se impuso, la bestia que en mí habitaba se perdió en el amor; de lejos me llegó la luz de la paz, radiante como una estrella. Di muerte a mi maldad con un acto, con un acto de amor; hice que aquel malhechor sangrara de amabilidad, y durante años llené su alma de lágrimas y ternura.

El desagrado, el resentimiento y la condena son formas de odio, y mientras no se erradiquen del corazón no puede cesar el mal.

Pero arrancar los agravios de la mente no es más que el inicio de la sabiduría. Hay un camino mejor y superior. El camino de purificar el corazón e iluminar la mente por el que, lejos de tener que olvidar agravios, no quedará ninguno que recordar. Porque las acciones de los demás sólo pueden herir y agraviar el orgullo y el yo; y quien erradica de su corazón el orgullo y el yo nunca puede pensar: «He sido agraviado por otro» ni «he sido herido por otro.»

Del corazón purificado nace la correcta comprensión de las cosas; y de la correcta comprensión de las cosas nace la vida tranquila, libre de amarguras y sufrimientos, sosegada y sabia. El que piensa: «Este hombre me ha agraviado» no ha percibido la Verdad de la vida; carece de esa luz que dispersa la errada idea del mal como algo a lo que hay que oponerse con odio. Quien se mortifica y preocupa por los pecados de los demás está lejos de la Verdad; quien se mortifica y preocupa por sus propios pecados está muy cerca de la Puerta de la Sabiduría. Aquel en cuyo corazón arden las llamas del resentimiento no puede conocer la Paz ni comprender la Verdad; quien elimine el resentimiento de su corazón sabrá y comprenderá.

Quien ha erradicado el mal de su corazón no puede consentirlo ni soportarlo en el de los demás, porque posee la luz que le permite ver dónde está su origen y cuál es su naturaleza, y sabe que es una manifestación de los errores que provoca la ignorancia. Con una mayor luz, el pecado

se hace imposible. El que peca no comprende; el que comprende no peca.

El hombre puro conserva en su corazón la ternura hacia quienes, en su ignorancia, imaginan que le pueden hacer daño. La equivocada conducta que los demás tienen con él no le preocupa; su corazón descansa en la Compasión y el Amor.

Dichoso el que no tiene errores que recordar ni agravios que perdonar, y en cuyo corazón puro no puede echar raíces ni florecer ningún pensamiento de odio hacia otra persona. Dejemos que quienes aspiran a la vida recta y creen que aman la Verdad dejen de oponerse con pasión a los demás, y permitámosles que se afanen en comprenderlos con calma y sabiduría, y al actuar así con los demás se conquistarán a sí mismos; y mientras comprenden a los demás, sus propias almas se alimentarán del celestial rocío de la amabilidad, y sus corazones se fortalecerán y refrescarán en los Deliciosos Pastos de la Paz.



ÍNDICE



1. Prefacio	5
2. La auténtica felicidad	7
3. El hombre inmortal	11
4. La victoria sobre el yo	15
5. El proceder de la tentación	19
6. El hombre íntegro	27
7. El discernimiento	31
8. La creencia, base de la acción	35
9. La fe que salva	41
10. El pensamiento y la acción	45
11. Tu disposición mental	49
12. La siembra y la cosecha	53
13. El reino de la ley	57
14. La justicia suprema	63
15. El uso de la razón	69
16. La autodisciplina	75
17. La determinación	83
18. La gloriosa conquista	89
19. La complacencia en la actividad	93
20. El templo de la fraternidad	97
21. Los deliciosos pastos de la paz	105

